

Carlos Bernardo González Pecotche
(RAUMSOL)

**EL MECANISMO
DE LA
VIDA CONSCIENTE**

BUENOS AIRES

El autor ha consagrado su vida a la obra fecunda que realiza en pro de la superación humana. Creó una ciencia, la Logosofía, e instituyó un método único en su género.

Nació en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1901. Su espíritu reaccionó muy pronto contra la rutina de los conocimientos y sistemas usados para la formación de la cultura, por su falta de conexión con lo interno, y, tras profundas investigaciones, guiado por una original concepción, halló la veta de trascendentales conocimientos. Con ellos, cuya virtud constructiva es innegable, ensayó en los primeros tiempos de su obra el método que se consagraría luego por su propia eficacia.

En el año 1930 fundó la primitiva "Escuela de Logosofía" en la ciudad de Córdoba, donde permaneció años enseñando los conocimientos de este nuevo saber. Posteriormente se trasladó a Rosario. La labor realizada a través de siete años de residencia en esa ciudad contribuyó a afirmar las

(Sigue en la 2ª solapa)

DEL AUTOR

- AXIOMAS Y PRINCIPIOS DE LOGOSOFÍA. 1er. tomo, 128 págs. 1934.
CARTAS INICIÁTICAS. 144 págs. 1935.
LOGOSOFÍA. TRATADO ELEMENTAL DE ENSEÑANZA. 104 págs. 1936.
AXIOMAS Y PRINCIPIOS DE LOGOSOFÍA. IIº tomo. 122 págs. 1937.
ARTÍCULOS Y PUBLICACIONES. (Recopilación). 120 págs. 1937.
PERLAS BÍBLICAS. 238 págs. 1938.
NUEVA CONCEPCIÓN POLÍTICA. 240 págs. 1940.
BIOGNOSIS 176 págs. 1940.
INTERMEDIO LOGOSÓFICO. 216 págs. 1950.
INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO. 494 págs. 1951.
DIÁLOGOS. 212 págs. 1952.
EXÉGESIS LOGOSÓFICA. 110 págs. 1956.

CARLOS BERNARDO GONZALEZ PECOTCHE
(R A U M S O L)

EL MECANISMO
DE LA
VIDA CONSCIENTE

BUENOS AIRES
1956

Queda hecho el depósito de ley y
reservados los derechos del autor.

PRÓLOGO

Cuando se enfocan temas de tan vital importancia para el conocimiento de los hombres, es necesario respaldar las palabras con una garantía inobjetable. En nuestro caso, esa garantía queda establecida desde el instante en que declaramos —con las constancias más formales de la experiencia que ha confirmado reiteradamente nuestras aseveraciones— que los conocimientos insertos en este libro han sido rigurosamente ensayados en centenares de estudiosos con el más auspicioso de los éxitos. Esto servirá para destacar que lo expresado en sus páginas no son bellas palabras ni ilusorias conjeturas, semejantes a las encerradas en esa literatura a la que tan acostumbrados nos tenían los divulgadores de la filosofía oriental y occidental antigua y moderna. No se trata de una teoría más que se agrega al enorme acervo conocido, sino de una realidad que obra sobre los entendimientos presentando conclusiones precisas, hechos irrefutables y verdades incommovibles. Es la nuestra una nueva concepción del hombre y el universo que, por su profundidad, lógica y alcance, se convierte de hecho en Ciencia de la Sabiduría. Esta ciencia es capaz de transformar con

su método original la vida de los hombres, dándole un contenido, una amplitud y posibilidades jamás disfrutadas hasta hoy en el seno de la familia humana.

La Logosofía ha inaugurado la era de la evolución consciente, y merced al proceso de superación que sus preceptos establecen, podrá cada uno alcanzar las máximas prerrogativas concedidas a su ser psicológico, mental y espiritual, y conocer al mismo tiempo las potencias creadoras de su mente, que son los agentes directos e insustituibles del equilibrio, la armonía y potestad individual.

No ha venido esta ciencia a enseñar lo que se sabe, sino lo que se ignora; tampoco a señalar el camino del perfeccionamiento a quien lo hubiese recorrido ni a brindar la felicidad a los que ya la disfrutaban. Hecha la salvedad, este libro podrá ser leído sin prevenciones, puesto que cada cual sabrá situarse frente a los nuevos conceptos y afirmaciones en el lugar de la escala jerárquica que a su juicio le corresponda por su evolución, sin considerarse incluido entre los que, caracterizando estados mentales y psicológicos determinados, hemos tomado para referencia y estudio en esta obra.

La enorme disimilitud que existe entre una y otra mente no impide que nuestra enseñanza se manifieste con prodigiosa adaptabilidad a cada entendimiento, mas, como es lógico, las mentes educadas en la disciplina y la cultura logran asimilarlas más rápidamente; siempre en los casos de no hallarse anquilosadas por prejuicios o por creencias inculcadas a veces desde la

niñez, pues al no existir flexibilidad mental, la enseñanza sufre graves inconvenientes en su función constructiva. No es tampoco suficiente credencial para abarcar los grandes contenidos de la sabiduría logosófica una mente ilustrada y culta o una mente avezada en el campo de la ciencia, la literatura o el arte, si esa mente, a fuer de remachar sobre lo externo, se ha tornado fría e insensible. El conocimiento logosófico no sólo debe ser comprendido, sino que se lo ha de sentir en lo hondo del alma; y es comprensible que así deba ocurrir, por cuanto va dirigido al interior del ser. Allí, en lo interno del individuo es donde la verdad de su contenido se manifiesta, captada por la sensibilidad, que se antepone siempre a la razón. La capacidad receptiva de la sensibilidad es más rápida y eficaz; percibe la proximidad de una verdad velozmente, aventajando a la razón y al entendimiento en sus lentos y refinados procedimientos analíticos, causa por la cual podría considerársela como el radar psicológico del hombre, capaz de captar o denunciar verdades próximas o distantes.

Entre los detalles que podrían sorprender la atención del lector vamos a destacar uno que consideramos de interés e importancia. La verdad logosófica es por naturaleza infraccionable, de suerte que, si hablamos de evolución, debemos remitirnos a cada uno de los puntos capitales de la enseñanza; por ejemplo, mente, sistema mental, método, pensamiento, etcétera. Lo mismo ocurre cuando intentamos tratar aisladamente

cualesquiera de estos temas: no podemos prescindir de los demás por estar todos tan estrechamente ligados que resulta imposible aislarlos. Ello da idea de la singularidad y unidad de nuestra ciencia. Sin esta advertencia podría tal vez no comprenderse por qué en los estudios de Logosofía se sigue un orden diferente del común. Sabemos, y la experiencia lo ha demostrado, que quien profundiza los conocimientos que exponemos hallará mejor explicada esta salvedad, la cual rompe con la rutina y muestra esa singularidad de la que acabamos de hacer mención.

Las exposiciones que EL MECANISMO DE LA VIDA CONSCIENTE ofrece al lector, tienen por finalidad extender el movimiento logosófico de superación y el esclarecimiento de los pensamientos e ideas que lo alientan, a todos los campos de la actividad humana, en particular los de la inteligencia, a cuyo juicio la Logosofía somete las verdades que le son consubstanciales.

Un cuarto de siglo de fecundas experiencias y realizaciones, documentadas en la propia conciencia de cada logósofo que abrazó confiado las excelencias de nuestra concepción, es el testimonio más fehaciente y legítimo que el autor puede ofrecer al mundo para que la humanidad se oriente decidida por el único camino que puede conducir a los hombres a la paz de sus espíritus, al ennoblecimiento de sus vidas y a la fraternidad universal, que es para las aspiraciones humanas ansiado desiderátum.

Frente a la desorientación o, mejor aún, al caos espiritual que asuela gran parte del mundo, producto de la efervescencia de ideas extremistas que amenazan la independencia mental del individuo y su libertad, que es su derecho inmanente; frente al esfuerzo de los que gobiernan la política mundial, empeñados en hallar formas de convivencia y de paz, hemos trabajado sin descanso en procura de soluciones reales y permanentes, comenzando por la sustitución de ciertos conceptos totalmente inapropiados para la vida actual. Nuestros esfuerzos estuvieron dedicados a guiar el entendimiento humano, llevándolo al encuentro de esas soluciones dentro del propio ser, es decir, dentro de la esfera individual primero, para que el hombre pueda contribuir después, junto a otros semejantes igualmente unidos de tan inestimables elementos de juicio, al gran esfuerzo común por resolver los complejos y tortuosos problemas que afligen a la humanidad.

El tiempo y nuestra perseverancia en llevar adelante un movimiento de trascendencia tal, dirán si habrán de ser las generaciones presentes o las del futuro las que mejor respondan a nuestro llamado, acudiendo a ver, a gustar, sentir, experimentar y disfrutar los beneficios de un descubrimiento tan esencial para el hombre de nuestros días: EL MECANISMO DE LA VIDA CONSCIENTE.

I

Nerviosismo ambiente. — Fracaso de las corrientes intelectuales que en el curso del tiempo se movieron en torno a la figura humana. — La Logosofía puntualiza errores y anuncia el despuntar de una nueva aurora para el hombre.

Tan pronto se observa la vorágine de la época actual, con su nerviosismo ambiente —calamidad psicológica resultante de la última conflagración bélica—, se comprueba que en el inmenso escenario del mundo todo se mueve, danza, gira vertiginosamente, a veces con caracteres ciclónicos. Contemplado desde cierto ángulo, semeja un imponente “ballet” en perpetua mudanza, cuyas figuras centrales cumplen a las mil maravillas sus funciones coreográficas, pero no pueden ir más allá de la simulación alada de sus movimientos.

Con no poco asombro hemos visto multiplicarse a través de los tiempos, y más aún de los dos últimos siglos, las corrientes intelectuales, especialmente las que atañen a los dominios del pensamiento y la psicología humana, sin que de su selección hayan surgido ideas de evidente acierto con respecto a la conducción del hombre en sus íntimas aspiraciones de

perfeccionamiento. En realidad, de ese fárrago de teorías, de esa relumbrante erudición puesta en juego en las especulaciones filosóficas, metafísicas y psicológicas, no queda nada en limpio, aunque obliga, eso sí, a las generaciones que estudian, a estar al día con lo expuesto por los filósofos y pensadores antiguos y contemporáneos. Nada se ha perdido, empero; la clase dilecta y estudiosa, que conoce al pie de la letra todo lo publicado y dicho hasta el presente sobre el tópico, tiene una magnífica oportunidad: establecer la diferencia substancial que existe entre los valores de la ilustración a que acabamos de referirnos y los del conocimiento trascendente, de efectos reales y permanentes, que trataremos a lo largo de estas páginas.

Trasladada la imagen al grueso de la comunidad, la encontramos viviendo en el ritmo agitado ya descrito, pero con el agregado de un desaliño mental poco edificante. Las hojas de papel impreso son devoradas por ella con avidez insaciable. Su intelecto parecería, inclusive, haber adquirido cierto sincronismo y aun semejanza con las rotativas que hacen girar los gigantes molinos de la prensa. Los libros son leídos allí apresuradamente, unas veces con frenesí y otras para “matar el tiempo” —según la frase habitual—, sin pensar que al hacerlo la vida va destruyéndose a jirones, puesto que tiempo que se pierde es vida que pasa sin miras de recuperación.

La mediocridad actual configura —nos referimos

a los grupos bastante numerosos que no han alcanzado una formación cultural respetable— una línea zigzagueante y curiosa que va desde el ensayo hasta la audacia. ¿Acaso no se ha visto ya, que muchos, alentados por el crecido acervo de nociones esparcidas en las más variadas publicaciones, creen posible manejar los siglos, las épocas, las culturas y los macizos de abstracciones más complicadas como si se tratase de meros conceptos perfectamente determinados en sus alcances y contenidos? ¿No hemos visto también, verbigracia, el espectáculo risueño que presentan los pensamientos charolados de los mismos, al agrietarse por el uso? Con justa razón alguien dijo una vez que la bota de potro no era para todos. . . . Por otra parte, entre los que leen mucho y escriben, están los que suelen adueñarse ingenuamente de frases y palabras a cambio del mínimo esfuerzo que la lectura supone. ¡Cuánto cuesta a veces despojarse de los instintivos hábitos del simio y también de los del zorro, que engorda su vientre con los recursos del vecino!

Sensible es observar la frondosidad y exuberancia de muchas mentes ocupadas casi de continuo en proliferar pensamientos de esta o aquella especie o de ambas a la vez, transfusionados en híbrido elemento intelectual. Todo ese enjambre mental liba en las flores de la ilusión, de donde extrae sintética miel. Las hermosas flores de la realidad jamás son vistas en los campos teóricos. En el plano de las altas posibilidades humanas la realidad no permite a la ficción, por encumbrada

que sea su artificiosa arquitectura mental, trasponer los umbrales de su mundo, donde las mentes evolucionadas toman directo e íntimo contacto con las grandes concepciones universales o ideas madres, que engendran pensamientos luminosos.

La confusión reinante en materia de principios y conceptos relativos a la psicología humana hace sospechar con alguna razón que de tan trillado y debatido tema nada ha podido sacarse todavía en conclusión. Esto no ha sido óbice para que en tanto, el cuarto poder, y aun el libro, inunden el mundo con torrentes de frases y proposiciones que un día son sostenidas con vehemencia y otro sustituidas por nuevas, más aventuradas quizá, para que el campaneó, en sus repiqueteos propagandísticos, resulte auspicioso para los interesados en difundirlas. Mas cuando centenares de libros e innumerables artículos han pasado sobre un tema, éste se convierte en algo así como un canto rodado sobre el cual es difícil tallar formas nuevas.

La Logosofía esculpe sus esculturas sobre piedra virgen, más apropiado aún, utiliza la arcilla humana, pero dándole consistencia eterna. Es la única, fuera de toda duda, que descubre verdades y concreta realidades hasta aquí desconocidas respecto de la conformación psicológica del hombre y el perfeccionamiento de sus calidades.

Frente a la plétora de pensamientos inconexos, de ideas abstractas, sin asidero posible en la razón que las escudriña; frente al atrincheramiento de las viejas

y de las nuevas creencias, que, pese a ello, no soportan el análisis sensato y consciente, la Logosofía planta la bandera revolucionaria del pensamiento contemporáneo para decir al mundo que en la mente humana, sólo en la mente humana, ha de hallarse la gran clave que descifre todos los enigmas de la existencia.

Ni siquiera en el campo de las deducciones y las analogías pudieron los pensadores de antaño y hogaño acercarse a esas verdades. Perdidos en el laberinto de las suposiciones y las hipótesis, trataron, no hay duda, de buscar todos los substitutos imaginables del conocimiento de sí mismo antes que enderezar el entendimiento hacia concepciones más amplias de la vida propia. Claro que cuando el clavo es invisible no hay posibilidad de dar en él. . . Para verlo debe limpiarse el entendimiento de toda engañosa ilusión de sabiduría; entonces sí se hará visible lo que la ignorancia hizo creer inexistente.

II

Búsqueda infructuosa del saber. — La Logosofía abre nuevas posibilidades a las actividades de la inteligencia y el espíritu.

¿Qué es lo que ha movido al hombre, desde que tiene uso de razón, a buscar la verdad? ¿Qué es lo que más ha subyugado su entendimiento y deleitado su espíritu? ¿A qué ha dedicado sus más grandes afanes, empeños y entusiasmos? ¿Qué le ha demandado mayores sacrificios, pruebas de constancia, paciencia y esfuerzos?: El saber.

¿Qué es lo que más le ha atormentado, entristecido y desesperado?: La ignorancia.

Nada ha tenido, en verdad, mayor significación e importancia para el género humano en la consumación de sus altos destinos, que el saber. Desde remotas épocas el hombre corrió tras él, buscándolo allí donde su imaginación, su intuición o presentimiento le llevaron. Paralelamente a esa búsqueda nacieron en su mente las primeras ideas y se gestaron los primeros pensamientos.

Los avances iniciales en pos del saber tuvieron lugar cuando el ente humano, inquieto por excelencia, dió rienda suelta a su avidez explorando y conquistando

tierras. En esa empresa encontró y descubrió muchas cosas que despertaron en él mayores ansias de conocimiento. Desde entonces fué constante su preocupación por alcanzar el excelso pináculo de la Sabiduría. Escaló todas las elevaciones que pudo, tanto en ciencia y en arte como en filosofía y religión. Ha llegado, inclusive, a descubrir los secretos de la energía termonuclear, fabricando con ella las armas más tremendas y mortíferas; pero, para su desventura, perdió de vista el camino que habría de llevarle a la presencia de su Creador, representado en los grandes arcanos de la inmensa realización universal. Ese camino es el de la evolución consciente, que proporciona al recorrerlo informes directos de cuanto puede interesar al espíritu humano acerca de su origen, existencia y destino, en relación estrecha con la Suprema Voluntad.

Conociéndose a sí mismo, es decir, explorando su mundo interno y descubriendo las maravillas que en él existen, el hombre conocerá a su Creador, mas ello será de conformidad con su avance en dirección a la conquista de ese grande y trascendental desiderátum.

La Logosofía y su método singular constituyen la base inconvencible del autoconocimiento. Cabe señalar que la esencia de los contenidos logosóficos ha sido extraída de las profundas observaciones realizadas tanto en los recónditos repliegues del ente humano como en la actividad incesante del pensamiento universal que alienta la creación. De ahí su extraordinaria fuerza energética y dinámica, que impulsa el proceso

de evolución consciente desde el instante en que el investigador acepta por propia voluntad seguir las disciplinas logosóficas, imprescindibles para asegurar la eficacia del método.

Muchas enseñanzas aparecen aquí tratadas en síntesis y con palabras simples y adecuadas a fin de que el esfuerzo en la profundización resulte más fácil y asegure los mejores resultados, por cuanto este libro ha sido preparado especialmente para dar al lector una impresión cabal de la importancia de dichas enseñanzas y vincularlo de hecho al pensamiento del autor. No obstante, si se deseara profundizar más los valores que la Logosofía expone, podrán encontrarse en las demás obras publicadas todos los elementos para obtener una idea exacta. Pero ello no bastará para la formación logosófica; también será necesario aprender cómo se aplica la enseñanza a la vida y cómo se ejercitan los conocimientos, ya sea en la experiencia personal, ya en la ajena.

No será de más decir que si bien la Logosofía se vale de los vocablos corrientes para dar a conocer este nuevo género de verdades, en su lenguaje adquieren éstos singulares y agudos significados que difieren notablemente de los del léxico de nuestra lengua. Hecha esta salvedad, se deberá entender que cuando decimos “conciencia” y nos ocupamos de ella, no lo hacemos desde el punto de vista aceptado, adquiriendo dicha palabra otro volumen y esplendor. Advertirá el lector que tal hecho se reproduce en cada término importan-

te: mente, pensamiento, espíritu, inteligencia, razón, imaginación, intuición, voluntad, evolución y tantos otros que irán apareciendo en el curso de nuestras exposiciones.

Esa variante introducida en la terminología no implica necesariamente una desnaturalización de su expresión etimológica; muy por el contrario, se les ha agregado lo que a juicio de la Logosofía les faltaba, con lo cual sus contenidos logran una amplitud que da vida y riqueza de expresión a las palabras. No podía ser de otra manera, desde que todo es original en esta ciencia universal y única.

Entre las particularidades que distinguen a la concepción logosófica, cuyo fondo y lógica se basan en su profunda verdad demostrable, la originalidad es, sin duda alguna, una de las que más conmoción produce en el sentir humano. Cabe destacar aquí el poder convincente de esa verdad, el cual consiste en que siendo tan sencilla nadie la había hasta aquí descubierto. Pero donde más fuerza cobra nuestra afirmación es al experimentarse la sensación de amplitud que sus conocimientos ofrecen a la vida, a lo que se une la impresión de rectitud y solidez de sus valores éticos. Todo ser racional y consciente que toma contacto con nuestra concepción siente que ella toca y conmueve su propia realidad interna, y que no sólo satisface plenamente con sus explicaciones los hechos incomprendidos de la vida, sino que responde con certeza los interrogantes pendientes, planteando a la inteligen-

cia otros más profundos que luego ayuda a transformar en conocimientos.

Si quedase todavía alguna duda respecto de tales aseveraciones, bastará para eliminarla el solo enunciado de sus concepciones del sistema mental, de la génesis, actividad y autonomía de los pensamientos y del proceso de evolución consciente, a lo que aún faltaría agregar los conocimientos que dan verdadera jerarquía al espíritu y abren al hombre de par en par las puertas de su redención moral, proporcionándole las más justas y viables posibilidades de rehabilitación al permitirle rehacer su vida sobre bases graníticas y enriquecerla con fecundas realizaciones internas de superación individual.

La Logosofía trae un mensaje que se plasma en una nueva generación de conocimientos, los que por su índole y cometido difieren en absoluto de las verdades admitidas. No tiene, pues, similitud ni parentesco de ninguna naturaleza con los sistemas o teorías filosóficas o psicológicas conocidas. Su objetivo principal es hacer experimentar al hombre la certeza de un mundo superior: el metafísico, en cuyos vastos y maravillosos campos naturales puede hallar inagotables motivos de regocijo mientras incursiona en él y enriquece su conciencia con la abundancia de los nuevos y valiosísimos elementos que encuentra en sus continuados esfuerzos por la superación integral de sí mismo y la conquista del bien. Esta realidad que la Logosofía hace vivir al hombre, es el resultado de un proceso de evolu-

ción que debe realizarse con el imprescindible e insustituible concurso de la conciencia individual despertada para ese fin primordial.

Como habrá podido apreciarse, la Logosofía no pretende enseñar nada de lo que el hombre ya sabe, sino lo que ignora. Esta sola declaración la libera de mencionar en sus textos lo dicho o enunciado por quienes en sus respectivas épocas se ocuparon de dilucidar las cuestiones que directa o indirectamente interesaron a la inteligencia en sus pesquisas sobre los misterios del espíritu y la psicología humanas.

Como ciencia de los conocimientos que informan sobre las verdades trascendentes, la Logosofía tiene por delante una inmensa tarea que cumplir al encarar la mente humana tal como resulta de su particular concepción. Su trabajo a realizar en las mentes desde el instante de tomar éstas contacto con la enseñanza, requiere gran consagración y paciencia, pero con frecuencia surgen de ello sorpresas muy agradables. En esas tierras mentales semivirgenes que permiten al arado logosófico abrir hondos surcos, suelen producirse verdaderos milagros de fertilidad. Por supuesto que los beneficiarios, estando, como deben estar, directamente ligados al proceso de ese cultivo, sabrán administrar bienes tan preciados como los del conocimiento causal o trascendente.

Las mentes, como las tierras de labranza, convenientemente trabajadas pueden proporcionar excelente rendimiento, mas será necesario tener presente que la

semilla que se siembra en ellas habrá de ser renovada con oportunidad, para evitar que su fruto sea exiguo. Esto significa que después de obtener los primeros resultados no conviene confiar demasiado en ellos, debiendo acudirse con la frecuencia necesaria a la fuente del saber logosófico, a fin de hacer acopio de nuevos conocimientos, que, al par que contribuirán a enriquecer la tierra mental, la harán producir también más ventajosamente.

La Logosofía viene a ser para la mente humana el sembrador que prodiga su semilla con generosidad y abundancia. Ella es fuente de energía y está abastecida por su propia inspiración.

A lo anterior agregaremos —como acotación al margen dirigida en especial a los que han seguido disciplinas universitarias— que si bien todo conocimiento, sea de la índole que fuere, abre el camino para descubrir otros de análoga naturaleza, los conocimientos logosóficos superan notablemente esa prerrogativa por la variedad de sugerencias que hacen aflorar en la mente, tendientes todas a concentrarla en un gran objetivo: el perfeccionamiento individual y, consecuentemente, el de todos los semejantes.

Existen dos posiciones o actitudes bien definidas que pueden adoptarse frente a la ciencia logosófica, o sea dos formas de encarar su estudio: la teórica (especulativa) y la vital (intensiva). Se engañaría quien pretendiese hacer confusión de estas dos conductas, porque en Logosofía todo se descubre, hasta la

más leve intención, por ser la misma conciencia individual la que reacciona ante cualquier actitud equivocada.

La primera sólo vincula externamente al pensamiento logosófico. Desde esa posición la inteligencia analiza por fuera la enseñanza y especula con ella; su contenido esencial, pletórico de belleza y elementos de sabiduría, permanece ignorado para el teórico. La especulación está reñida con el verdadero saber, que no se aviene al trato superficial. Aunque se memorice con relativa facilidad la enseñanza, esto no cuadra con las comprensiones básicas que deben obtenerse de ella, pues falta el elemento vivo, privativo de la experiencia en el campo logosófico. La actitud especulativa es la que por lo general adopta el intelectual, que, acostumbrado a las disciplinas universitarias, todo lo analiza con la intervención de un solo polo, la inteligencia, pero sin el concurso del otro, la sensibilidad, que madura y fija el conocimiento internamente. Se comprende, sin embargo, que tal actitud mental concuerde con esas disciplinas, que no atañen directamente a la vida interna del que estudia. Todo se resuelve allí bajo los cánones de una sistematización ya establecida; ni aun los que saltan por encima de ella afrontando investigaciones de mayor alcance, se apartan de esa línea de conducta en la que, como hemos dicho, en nada cuenta la propia vida interna, preñada de posibilidades, por considerársela quizá campo prohibido para las agudezas del ingenio. Por las razones expuestas se aceptará

que la especulación no tenga cabida en las investigaciones sobre el propio mundo interno.

La segunda actitud, que hemos denominado vital, asume verdadera importancia y carácter en este género de investigaciones. Las comprensiones obtenidas a través de meditados estudios son experimentadas en ella mediante su aplicación al proceso interno de evolución consciente, pues las revelaciones trascendentales de la concepción logosófica deben ser asimiladas y la absorción de su esencia tiene que ser plena para satisfacer las exigencias del espíritu. Esto demanda dedicación y esfuerzo, pero no deja de ser ampliamente compensado con los resultados, que representan ventajas enormes en el encauzamiento definitivo de las aspiraciones humanas hacia las doradas metas de la perfección y la sabiduría.

III

Nueva ruta para la realización de la vida y destino del hombre. — Importancia de las defensas mentales en la preservación y conducción de la vida.

Desde tiempos remotos hemos venido escuchando la voz de millones de conciencias clamar por el esclarecimiento de sus dudas. Escudriñando con aguda penetración las ondulaciones y alternativas del movimiento histórico a través de las épocas, encontramos, por una parte, las aspiraciones humanas en constante reclamo de posesión, y por la otra, el esfuerzo a veces desmedido de los filósofos y pensadores por satisfacerlas. La era actual, caracterizada desde sus comienzos por las llamadas luchas del espíritu, que llegaron a los extremos del encarnizamiento y derivaron luego a una puja de idealismos, teorías y creencias, no nos ha ofrecido aún —ya lo hemos dicho— nada concreto con respecto al gran enigma de la vida.

La Logosofía, como ciencia de la sabiduría, proclama el hallazgo de las claves que lo descifran. Desde que se dió a conocer trazó su ruta y no se apartó de ella un ápice a lo largo de todo ese tiempo intensa y fecundamente vivido. Nadie ha podido decir que cono-

cía esa ruta, aunque admitimos que de la misma se haya tenido vaga idea. La verdad es que recién ahora, y merced al método logosófico, que no sólo señala su itinerario sino también enseña a recorrerla en toda su extensión, constituye ella toda una realidad. De más está decir que durante su simbólico recorrido le es dado al hombre apreciar y admirar las maravillosas creaciones éticas y estéticas de la concepción logosófica.

Al fijar su posición frente a las grandes cuestiones que en el curso de los siglos se plantearon a la inteligencia humana: Dios, el universo, las leyes universales, los procesos de la creación, el hombre y su destino, la Logosofía ha expresado ya su palabra, concretada en verdades de estricta certidumbre y comprobación.

Abre ella las puertas del pequeño, pero vasto mundo interno —la paradoja es aparente—, guiando el entendimiento del hombre a que descubra las riquezas en él acumuladas. Sueño de los siglos convertido hoy en realidad por virtud de estos conocimientos que enfrentan a la mente humana consigo misma para que se estudie y se comprenda; para que sepa cuál es la causa del drama que afligió su vida y para que se entere de una vez por todas de cómo nacen, de dónde vienen, cómo viven, se mueven, multiplican, reaccionan y mueren los pensamientos que alberga.

Debido al abandono en que ha vivido durante siglos respecto de los conocimientos que habrían de auxiliarse, el hombre es un indefenso mental, cuya precaria

lucidez intelectual le impide discernir y descubrir el mal justamente allí donde se presenta revestido de todas las apariencias del bien; y ya sabemos cuánto engaña, aun al más astuto, lo fácil, lo cómodo y las promesas deslumbrantes. Lo que menos se piensa en esos casos es que no puede franquearse en instantes aquello que debe ser fruto del esfuerzo y la dedicación honrosa de la voluntad individual. Al final se concluye en los más terribles desengaños, en la desesperación o en la encrucijada sin escapatoria de la delincuencia.

Cuando se contempla el espectáculo de la ignorancia humana a través de los tiempos, puede con razón admitirse que el hombre, en lo que atañe a su vida mental, ha padecido un crudo nomadismo, un errar constante de una idea a otra idea, cayendo a menudo aprisionado en la maraña de los pensamientos de grupos o ideologías predominantes en cada época. Esta observación no reza, como es lógico, para aquellos que supieron mantenerse libres en medio de las opresiones y tiranías mentales que abruman a veces hasta a los espíritus mejor prevenidos.

Es incuestionable que las personas de saber tienen mayor número de defensas mentales que las mediocres y las ignorantes; pero, la preservación de unos pocos contra las argucias del mundo, ¿implica acaso protección para los más? He aquí algo en lo que nadie ha reparado, si nos atenemos a la persistente carencia de esos elementos de defensa. No basta con que los menos pretendan orientar a los más, afectados por las diversas

formas que asume la confusión imperante, pues ello resultaría totalmente insuficiente frente al empuje de las corrientes ideológicas extremas que en muchos casos adquieren el carácter de verdaderas epidemias mentales. Tampoco tendría eco en el ánimo atormentado de uno de los tantos millones de seres que habitan el mundo, el razonamiento que los más capacitados desearan brindarle. No; no es eso lo que el hombre necesita con urgencia para ampararse de las tremendas conmociones psíquicas, sociales y aun morales que con frecuencia hacen estremecer los mismos cimientos de la sociedad humana. Cada hombre necesita crear sus propias defensas mentales. ¿Cómo? Adoptando la posición inmovible que lo haga invulnerable a la influencia de cualquier pensamiento sugestionante que intente subyugarle o intimidarle.

Hecho el proceso de conocimiento del sistema mental —que funciona en cada individuo y sobre el cual nos ocuparemos en otro capítulo— y realizado también el proceso selectivo de los pensamientos, tal como lo indicamos en nuestra enseñanza, el ente humano se habrá capacitado para ser el dueño absoluto de su campo mental, sin exponerse como antes a la dominación de los pensamientos ajenos que, inevitablemente, causaban seria perturbación en su vida. No le sorprenderán ya las noticias difundidas con el objeto de alarmar y perturbar, ni será sorprendido tampoco por las ideas extraviadas de los resentidos sociales ni de los que buscan prosélitos para extender sus ideologías con

pretensiones de dominación mundial, pues el hombre que controla su mente difícilmente podrá ser burlado o influido por esa clase de pensamientos.

Quando el hombre comprende que sus pensamientos e ideas no son los vehículos mediante los cuales se manifiestan el pensar y el sentir humanos, como efectivamente debiera ser, sino que los hombres mismos —salvo excepciones— se han convertido en vehículos de los pensamientos e ideas que pueblan los ambientes, su actitud más lógica, prudente y razonable debe ser la de ponerse en guardia contra los peligros de esa subversión de los valores esenciales del individuo. ¿Acaso no hemos visto corroborada esa subversión en los últimos decenios? ¿No la estamos viendo aún hoy en países donde gobiernan regímenes totalitarios, convirtiendo a los hombres en dóciles instrumentos de ideas extremistas, y de pensamientos disolventes que les incitan a recorrer el mundo para pregonarlas como meros autómatas sin alma y sin sentimientos?

Quiérase o no, la falta de conocimientos que signifiquen la adopción de una conducta segura e inflexible sobre el particular, es la causa del malestar reinante, de la desorientación y de la incertidumbre acerca del futuro de la sociedad humana.

Al encarar los problemas de la vida ha sido preocupación básica de la Logosofía esta cuestión de las defensas mentales, por entender que es vitalísima y porque asume una gravedad tal que es de todo punto

necesario tratarla clínicamente —digamos—, en su foco mismo de perturbación, en su raíz y en su causa. Somos enemigos de los paliativos, que sólo contemplan las circunstancias y con los que únicamente se trata de atenuar los efectos. Ellos no curan el mal, como lo exige la salud moral y psicológica de la humanidad.

Las defensas mentales surgen iluminando la inteligencia cuando quien desea conservar intacta su individualidad como entidad consciente aprende a diferenciar los dos sectores en que se divide la familia humana: el de los que son dueños de sus pensamientos y gobiernan sus vidas bajo los dictados de las propias inspiraciones, y el de aquellos que son vulgares esbirros de los pensamientos que arrastran al individuo cual autómeta —repetimos—, por las sinuosas sendas del error, el desvío y la infracción de las leyes penales y humanas. Resumiendo, dichas defensas surgen espontáneamente como resultado de la vida consciente.

No deberá olvidarse que las debilidades humanas contribuyen a hacer más crítica la vulnerabilidad mental. Se impone, pues, el fortalecimiento de la vida, alertando los pensamientos que obedecen a convicciones conscientes y profundas para que constituyan una muralla infranqueable en defensa de aquellos otros que atentan contra la paz y seguridad internas. Es necesario entrenarse en el ejercicio de estas actitudes que la voluntad habrá de reforzar en cada caso, a fin de poder ampliar sin limitaciones el campo de la libertad individual; lo decimos porque la posesión del dominio

de las situaciones significa una verdadera liberación cuando se logra bajo el auspicio insustituible de la confianza en sí mismo, es decir, de las propias defensas mentales.

IV

Causa primera o creación del cosmos. — La ley de evolución gravitando en el proceso de superación consciente. — Referencia a los procesos de la creación.

Al tratar en este capítulo algunas partes de la Cosmogénesis —concepción logosófica del universo— hemos de aclarar que lo haremos vinculando lo creado, sea lo que fuere, a la naturaleza humana en sus más elevadas expresiones del pensar y sentir. Desde ese punto de vista deberá medirse su originalidad.

Al establecer que la idea de la creación universal se plasmó en la mente de Dios por un acto espontáneo de Su Voluntad, la Logosofía ha querido significar que la Mente Divina, el espacio mental de donde surgió el cosmos, es la causa primera. El Verbo no podía manifestarse sino después de la concepción, como principal efecto; y obró por imperio de la misma Voluntad Suprema. El Verbo es, pues, el efecto, no la causa, que cobra volumen por imperio de la ley que lo manifiesta.

En la proporción que en honra nos cabe como súbditos de esa creación, nos es dado producir hechos semejantes en cuanto a las posibilidades de nuestra mente y de nuestro verbo. La mente humana es un

fragmento de la mente universal; una consecuencia o derivación de la gran causa original o mente cósmica, y causa primera del hombre. Ella posee el poder creador de la mente de Dios; lo posee en relación con su desarrollo, vale decir que por medio de la evolución puede éste alcanzar las altas prerrogativas de ese poder en su función creadora. Esta concepción traduce la imagen de ese poder, o sea la sabiduría.

Ya hemos dicho en otras oportunidades que el hombre carente de saber no es nada ni nadie. Sólo es un cero en el espacio y, como tal, no acusa valor alguno. La más elevada prerrogativa del hombre es, pues, el saber, y debe ser también la aspiración máxima de su espíritu.

Las ideas madres o concepciones superiores que alumbran el camino de las grandes explicaciones, siempre buscadas por la inteligencia humana, sólo acuden a las mentes capaces de asimilarlas. Asociada esta imagen a lo antes expresado sobre la causa primera del hombre, tenemos a la mente humana, fragmento de la mente universal, elevada al máximo en la concesión de sus atributos.

En rigor de verdad, la causa primera de la vida del hombre, y mejor aún, de su ser consciente —psicológica y espiritualmente hablando—, es su mente. Al decir esto queremos señalar que la mente es el único medio usado por el espíritu para sus manifestaciones inteligentes.

La creación ha sido estructurada sobre la base de

sistemas y dispositivos cósmicos que responden totalmente a la suprema inteligencia de Dios. En ella está plasmada la vida universal del Creador. La Voluntad Cósmica se articula con absoluto equilibrio y armonía en todos los movimientos que se operan en su incesante actividad. Esos movimientos son una invitación constante a la inteligencia del hombre para que descubra en ellos los secretos y el porqué de la propia evolución hacia su altísimo reino. En la contemplación, observación, meditación y estudio de cada una de las maravillas de esa creación podemos asimilar la parte de esencia que corresponde a nuestra vida psíquica, o sea la vida de nuestro espíritu.

Se admitirá que siendo la concepción de Dios única e inabarcable en virtud de sus ilimitados contornos cósmicos, cada ser humano deba realizarlo dentro de sí en la medida que sus conocimientos le permitan acercarse a su Gran Imagen, comprendiendo, hasta donde le sea posible también, la grandeza de su inconmensurable Sabiduría.

Dios no es ni pudo ser jamás el vengador implacable que echa las almas al infierno para su desintegración definitiva, ni tampoco el pretendido Señor Todopoderoso de esta o aquella religión. Creer en semejante utopía es negar implícitamente su Omnipresencia, su Omnipotencia y Omnisciencia.

Dentro de la gran estructura cósmica y como una expresión cabal y absoluta del Pensamiento Supremo, aparecen configuradas en sus respectivas jurisdiccio-

nes las Leyes Universales reglando y rigiendo la vida cósmica tanto como la humana. Entre las más directa y estrechamente vinculadas al hombre, citaremos las de Evolución, Causa y Efecto, Movimiento, Cambio, Herencia, Tiempo, Correspondencia, Caridad, Lógica, Adaptación. Hemos hecho este enunciado al solo efecto de determinar las leyes que la Logosofía se propone describir y profundizar en tratados de fondo. No obstante, dedicaremos algunos párrafos a la Ley de Evolución, cuyo gran cometido es regir todos los procesos de la creación, inclusive el que realiza el hombre inconscientemente. Asume esta ley especial importancia cuando es aplicada en forma consciente a la propia evolución, es decir, cuando se tiene pleno conocimiento de su virtud transformadora. Es muy probable que nuestras palabras susciten este interrogante: ¿No evolucionan acaso conscientemente todos los seres que se preocupan por mejorar su situación física y espiritual? Ello no es más que un buceo en la superficie, respondemos. La evolución consciente comienza, en nuestro concepto, con el proceso que conduce al hombre al conocimiento de sí mismo. Estamos hablando de la evolución activa, fecunda y positiva; no de la lenta y pasiva, que arrastra a los seres humanos hacia un destino común.

Sólo conociendo nuestra organización psicológica y mental podremos dirigir con acierto nuestro proceso de evolución. El esfuerzo en la intensificación de ese conocimiento nos conducirá al mejor aprovechamiento

de las energías y al aguzamiento de nuestra percepción interna, ya que ningún aspecto o detalle de la vida interior habrá de pasar inadvertido a la observación perseverante y consciente. Esto nos ayudará a perfeccionar todo lo que haya de perfeccionable en nosotros, lo cual implicará, además de un mayor acopio de conocimientos, un avance real en la evolución. En una palabra, la ley nos permitirá superar al máximo los medios para realizar en el menor tiempo posible el gran proceso consciente de la vida.

Para dar mayor claridad a nuestras palabras utilizaremos esta imagen: Supongamos que nos vemos precisados a cubrir una distancia de mil kilómetros. En tiempos remotos esa distancia se hacía a pie o no se hacía; luego se apeló, en el mismo caso, al caballo, al camello, etcétera; más tarde al carro y al coche, y, avanzando el tiempo, al ferrocarril y al automóvil; últimamente se usa el avión. Si pensamos que esa misma distancia es uno de los tantos tramos de nuestra evolución, tendremos que, perfeccionando los medios, llegaremos al final de su recorrido en mucho menos tiempo del que necesitaría aquel que usase, por las razones que fueren, medios anticuados o precarios.

Los procesos de la creación se pronuncian siguiendo un orden perfecto tanto en sus manifestaciones visibles como en las invisibles, de suerte que, obedeciendo al Plan Supremo preexistente, se cumplen con maravillosa exactitud. Desde la nebulosa al planeta y desde los albores del mundo a nuestros días, la

tierra, con su atmósfera y sus mares, ha debido cumplir procesos de adaptación a la vida animada, como también hubo de cumplirlos el hombre en su adaptación a las necesidades de una civilización cada vez más avanzada. Esos procesos de la creación, estudiados desde el ángulo de las proyecciones humanas y para la propia orientación del individuo, ofrecen posibilidades insospechadas en la aplicación del método logosófico al proceso de evolución consciente. No escapará al buen criterio que este proceso ha de guardar muy estrecha relación con aquéllos y que habrá de cumplirse con el concurso insuprimible de conocimientos que lleven rigurosamente a ese fin.

La creación del hombre ha requerido, es indudable, la reunión de innumerables detalles, a cual más importante, para que el ente humano, encumbrado sobre los demás seres vivientes, dispusiera de todas las facilidades que darse puedan a una criatura dotada de inteligencia, sentimientos y voluntad. El desconocimiento de la enorme cantidad de elementos que lo completan en su compleja estructuración mental, psicológica y espiritual, ha sido y es causa de las más grandes desazones y angustias por él sufridas. Es que la pretensión científica le llevó siempre a estudiar en otros lo que debió haber tratado de descubrir dentro de su mundo interno. Esa cómoda posición de filósofo sobre los semejantes sin preocuparse de inquirir seriamente acerca de cuanto ocurre en cada rincón del propio ser pensante y sensible, ha interpuesto una

espesa cortina de humo entre las posibilidades y los anhelos humanos de superación. La veleidad, enseñoreada de la vida del hombre, ha reprimido todos sus nobles impulsos de perfeccionamiento individual; perfeccionamiento que incluye, ineludiblemente, el conocimiento de sí mismo, pregonado por el ilustre griego, que ahora la sabiduría logosófica enseña a realizar guiando al hombre por el verdadero recorrido experimental requerido para su logro. Queda, pues, establecido, que lo que hasta aquí se mantuvo en abstracto, lo que permaneció inaccesible a la aspiración humana, es hoy una realidad de todo punto alcanzable.

V

Nociones que preparan la investigación interna. — Vida y destino del hombre.

El hombre, su vida y su destino son cuestiones que han merecido toda la atención de nuestra parte. La concepción logosófica al respecto es de una amplitud y claridad que resiste el análisis y contesta la objeción con toda la fuerza de su lógica. Frente a sus rompientes invulnerables e incommovibles, las olas de la crítica tórnanse mansas, y más de una vez hemos visto transformarse en blanca espuma las gruesas aguas del impulso, tras el choque con la realidad que las detiene.

Al hablar aquí del hombre nos referiremos al prototipo real del individuo, al ente inteligente y espiritual que busca la gravitación de su conciencia en todo lo que piensa y hace; una gravitación que habrá de hacerse efectiva cuando el conocimiento de sí mismo sea un hecho positivo y evidente en él. Hay quienes piensan haberla obtenido por las disciplinas seguidas en otros estudios, al ampliar, por ejemplo, su visión en los campos de la ciencia, la filosofía o el arte. Sin embargo, y sin menoscabo alguno de los propios

convencimientos, hemos de proponerles un cotejo a fondo de las mismas con las disciplinas y método de nuestra ciencia, que exponemos a través de estas páginas en forma concisa y clara, más para dar una idea cabal de los fundamentos de su concepción que con el intento de especificar línea por línea y punto por punto la diversidad de sus contenidos, que reservamos para próximas obras.

Dios nos ha dado un ser dotado de todas las condiciones necesarias para que hagamos de él una obra maestra merced al constante perfeccionamiento de las mismas; perfeccionamiento cuyo logro requiere el auxilio de conocimientos que conduzcan la inteligencia al descubrimiento de cada una de las facetas de ese maravilloso diamante interno que todos poseemos y que sólo brilla cuando lo pulimos conscientes de su inmenso valor. No discutiremos que esto es cosa sabida por los que actúan en las esferas selectas del pensamiento, pero no hemos tenido aún noticias de que alguien haya instituido un método eficaz y cierto para guiar al semejante hasta el punto donde se halla ese diamante, y, mucho menos, que haya enseñado cómo debe pulirse. ¿Habrà llegado a tanto el egoísmo humano o es que debemos admitir con sinceridad que hubo algo de espejismo en los que pensaron haberlo encontrado?

Esa joya de la naturaleza humana se halla sepultada en las entrañas mismas del ser, cubierta y recubierta por capas protectoras, a semejanza del mi-

neral que se transforma en piedra preciosa; el único que no puede labrarse si no utilizando su propio polvo; el más límpido de todos, que no puede ser rayado por ningún cuerpo y cuyas aristas cortan el cristal sin quebrarlo.

No se trata, pues, de realizar un simple viaje explorativo dentro de uno mismo, sin más preparación que la audacia personal, porque se extraviará la senda a poco de andar. Es imprescindible estudiar previamente la topografía del campo psicológico individual, para lo cual, y a objeto de no equivocar la planimetría y nivelación del terreno, la Logosofía señala sus partes más accidentadas y establece los pasos difíciles proporcionando los respectivos elementos para sortearlos con éxito. De esto damos cuenta cuando hablamos de los pensamientos, las deficiencias, etcétera.

Si bien es factor determinante en esta empresa el uso de tales elementos, también juegan en ella muy especial papel las energías internas inteligentemente utilizadas. Es esencial que el hombre sepa que es un acumulador de energías por excelencia, tal como lo prueba su constitución física, mental y psicológica, y que puede servirse de ellas en la aplicación de sus esfuerzos al propio perfeccionamiento, sin gastarlas; antes bien, aumentándolas por ese procedimiento. La Logosofía enseña a acumular y concentrar esas energías destinadas a fortalecer el espíritu y a promover el resurgimiento del ser consciente en esferas superiores de evolución. Lo contrario de lo que hace la ma-

yoría, que sólo acumula esa potencia dinámica en la medida necesaria para vivir y vegetar, y cuando excede esa necesidad gasta las reservas en preocupaciones, especulaciones, o en diversiones de toda índole, que en nada benefician al ente real, al ser íntimo, que clama por existir y gobernar su mundo mental psicológico a tono con el gran cometido de su existencia.

Para el común de los hombres la vida es el espacio comprendido desde el primero al último día de su ser físico. Les pertenece exclusivamente y pueden, por tanto, hacer de ella lo que les place. Esto es tan conocido como cierto; pero, ¿sabe el individuo que así piensa todos los usos que puede hacer de esa gran oportunidad humana? ¿No le hemos visto más de una vez deplorar, entristecido, el tiempo que se le fugó sin provecho con la vida? ¿No le hemos visto insatisfecho y desconforme con la existencia que llevó? ¿Y no ha atribuido a su mala suerte sus padecimientos e infortunios? Pues bien, ¿qué solución le ha sido ofrecida para disfrutarla en sus amplios y elevados contenidos? Reconozcamos honestamente que los ensayos filosóficos y las tentativas de otros órdenes fueron insuficientes; más aún: en muchos casos llevaron a la confusión, y de allí, a la decepción.

La vida es un espejo donde se refleja lo que el ser piensa y hace, o lo que los pensamientos propios o ajenos le llevan a hacer.

Las almas que no se han cultivado presentan el triste cuadro de una vida desolada, vacía y oscura;

las que sí, colman, no hay duda, ciertas necesidades internas, pero aún distan mucho de alcanzar sus apreciables valores. Nos estamos refiriendo a la vida común. En el mundo de la concepción logosófica la vida cobra un sentido superior en todos los aspectos en que se configura. A diferencia de la primera, que se vive fuera, puesto que sus apetencias y preocupaciones son externas, la vida animada por el espíritu logosófico se vive internamente y en un volumen mayor. De ahí que los hechos que jalonan las diversas etapas del conocimiento de sí mismo den lugar a tan intensas y profundas sensaciones estéticas, de relieves tales que el arte no osaría reproducir.

No bastan, pues, ni la práctica de principios nobles y piadosos ni todas las variaciones de la inventiva humana para vivir la vida en la plenitud de su fuerza renovadora y en el cumplimiento de los altos objetivos de bien para los que fué instituída. La verdadera felicidad de vivir se halla cuando se van conociendo los extraordinarios y maravillosos recursos que contiene; es decir, cuando conociéndola por dentro se descubren sus ignoradas posibilidades y sus luminosas proyecciones.

Transformado el ser —psicológica y espiritualmente— por influjo de conocimientos tan esenciales para su perfeccionamiento, también su destino se perfila con otros contornos y ofrece perspectivas de muy superior calidad a las que esperan al individuo que permanece ajeno a estas verdades. Ese destino que

cada uno puede forjar depende mucho de la realización interna y del avance en el conocimiento de sí propio. Es, por consiguiente, el mismo ser quien voluntariamente puede cambiar su destino por otro mejor cuando su inteligencia se esclarece y busca otros horizontes donde expandir su vida elevándola por encima de toda limitación. Ese destino es el patrimonio espiritual del hombre; el arcano inviolable que contiene impreso el secreto proceso de su existencia.

Diremos, por último, que es común deficiencia del temperamento humano la carencia de iniciativa propia. La inercia mental, consecuencia de la inactividad de la función de pensar, mantiene adormecida la capacidad creadora de la inteligencia. Correlativamente, y por natural gravitación, aparece la falta de estímulos. Aquí es donde se observa el precario estado psicológico de muchos que, sin saber definir qué les sucede ni a qué atribuir el estancamiento en que viven, pasan sus días y amontonan sus años en vejez infecunda. Faltos de condiciones para abrir sus entendimientos al examen de las experiencias y situaciones, sin el incentivo de las ideas, nada que no sea los antojos de la suerte podrá favorecer el movimiento afortunado de sus pensamientos.

El conocimiento logosófico edifica e impulsa a la vez los afanes de capacitación. Se fundamenta en la realidad de la vida humana y de todo cuanto existe, y enseña a conducir el pensamiento por caminos seguros. Como enseñanza despierta el entusiasmo, y al

par que orienta el entendimiento, desliza sugerencias que la mente capta y la inteligencia traduce en iniciativas. He ahí la gran virtud comprobada por cuantos dedican parte de su tiempo a la lectura, observación y estudio de nuestra ciencia.

El hombre debe ir siempre en busca de aquello que no está en la órbita de los conocimientos comunes, a fin de dilatar la vida hacia campos fecundos que, dominados por el saber y la experiencia, le permitan alcanzar progresivamente mayor perfección. En cada nuevo día que su vida penetre deberá encontrar un aliciente para aprovecharla mejor, y algo también que le inspire acerca de lo que debe hacer para que los venideros superen a los actuales y le proporcionen, al vivirlos, el beneficio de sentirse cómodo, seguro y feliz.

VI

Tres zonas accesibles al hombre: interna, circundante y trascendente.

La enseñanza logosófica abre a la investigación, a la meditación y al conocimiento del hombre tres inmensas zonas perfectamente delimitadas. Quizá se nos entienda mejor si decimos que esas tres zonas existen y están abiertas a sus posibilidades, pero son poco menos que inaccesibles para él por la ignorancia en que permanece respecto de ellas. La primera pertenece por entero al mundo interno, en su mayor parte inexplorado, y del cual sólo tenemos las vagas referencias o las alusiones imprecisas de los que creyeron haber penetrado en él. La experiencia logosófica ha demostrado que se requiere mucha pericia para conocerlo y dominarlo en todas sus cambiantes y complejidades. Es el mundo de los pensamientos en cuanto éstos se mantienen sin manifestarse fuera de la mente, aunque actuando activamente, ya al servicio de la inteligencia, ya con toda autonomía; es también el mundo de los sentimientos, con los cuales convivimos en íntimo coloquio, al igual que con los pensamientos; el mundo de las sensaciones de alegría

y placer, de sufrimiento y dolor que se experimentan en las múltiples variaciones de la vida; el de las reacciones positivas y negativas que surgen como consecuencia de las actitudes del semejante o de hechos que afectan el ánimo, las convicciones, las ideas, el propio concepto, etcétera, y es, en definitiva, el mundo de todos los movimientos y actos de la voluntad conscientemente dirigidos hacia la finalidad primordial de la vida, expresada en la realización máxima de sus posibilidades de perfección.

La segunda zona pertenece al mundo circundante, donde interviene el factor familiar, social y general, y en el cual el ser, adiestrado logosóficamente, desenvuelve sus actividades comunes y confronta en recia y noble lucha sus conocimientos con los de aquellos que actúan en el medio al que está vinculado accidental o permanentemente. Para ejercicio y práctica de la conducta que se ve precisado a desarrollar en función de dicho adiestramiento, se le presentan allí las más curiosas circunstancias, en las que recoge valiosísimos elementos para la observación y superación individual. Y si tales circunstancias ponen a veces al logósofo frente al semejante que sorprendido en su intención permanece confundido por la serena seguridad con que le expresa su pensamiento (pensamiento propio), también se promueven las situaciones que se emparejan en virtud del dominio que las partes, de inteligencia cultivada, tienen de la cultura, y en las que sólo cabe el entendimiento que

acerca y vincula a los espíritus en relaciones de amistad por lo general duraderas.

Y llegamos a la tercera de esas zonas: el mundo metafísico, trascendente o causal, donde el hombre, guiado siempre por el conocimiento, encuentra la justificación de todo lo que antes le fuera incomprensible y descubre los vastos desarrollos del espíritu en conexión directa con la evolución consciente de su propio ser. Es el mundo mental, el mundo inmaterial, que llena todos los espacios del universo e interpenetra hasta la más ínfima partícula ultrasensible. Poblado de imágenes maravillosas que descubren hasta los más raros procesos de la creación es, aunque invisible para los ojos, la más perfecta de las realidades existentes. Todo allí se halla intacto en su concepción original; ningún elemento corruptible de las otras dos zonas o mundos puede dañar la inmaculada pureza de sus diáfanas, múltiples y prodigiosas manifestaciones.

Se desprende de lo dicho que el ente humano común sólo conoce el mundo circundante, y aún lo conoce mal, causa incuestionable de sus limitaciones, estrecheces e infortunios, mientras que el ente evolucionado conoce los tres mundos y puede en ellos vivir porque en los tres actúa con brillantez su inteligencia. El hombre debe, pues, preparar el espíritu depurando su mente, iluminando su inteligencia y enriqueciendo su conciencia con los conocimientos que vinculándole a esas tres zonas le permitan alternar en ellas sin dificultad, con sabiduría, honestidad y limpieza moral.

El lector podrá deducir de nuestras palabras la importancia que nuestros conocimientos tienen para la vida del ser humano, al guiarle a través de las oscuras estepas de la ignorancia hasta alcanzar al fin los fértiles valles de los conocimientos causales.

Al iluminarse la inteligencia por efecto de su contacto directo con este nuevo género de verdades, la conciencia es conmovida hondamente; los resortes que debieron mantener flexible y elástica la actividad consciente y que se hallan enmohecidos por el desuso, se cambian, y otros nuevos, de mayor resistencia, toman su lugar; el mundo metafísico deja de ser una ficción y se presenta como una realidad tanto o más consistente y verdadera que la física. En él, donde se incursionará ya en perfecto uso de razón y conciencia, podrá comprenderse todo lo que antes era incomprensible o permanecía en obstinada e impenetrable nebulosa.

Cada cosa requiere rigurosamente una preparación. La naturaleza no da saltos; la del hombre tampoco debe hacerlo. Alcanzar la conquista de lo ignoto es materia de un proceso de evolución conscientemente realizado, que permite obtener, en la medida que se vaya cumpliendo, las comprensiones y conocimientos necesarios para llevar adelante ese empeño.

VII

Método logosófico. — Aspectos de su aplicación al proceso de evolución consciente.

El método logosófico se perfila con caracteres propios tanto en su fuerza constructiva como en su aplicación. Su ensayo comienza a puertas cerradas, es decir, en el interior del ser humano, donde la reserva es absoluta. No nos referimos a la forma de usar el método, que habrá de requerir imprescindiblemente el auxilio del preceptor, sino a los episodios íntimos que conmueven la sensibilidad al par que se producen los cambios saludables del pensar y del sentir, signo inconfundible de la eficiencia con que fué empleado.

En el proceso de evolución integral consciente el método es una institución que prescribe las normas a seguir, pero a fe de que no se violen sus claros e inmodificables preceptos. Adoptarlo es disponerse a cambiar gastados conceptos y extirpar nocivas raigambres largamente consentidas, abriendo cauce en la vida interna a la corriente renovadora del pensamiento logosófico.

La Logosofía podrá ser explicada de mil maneras diferentes y entendida de otras mil, también diferen-

tes, pero si no se la ensaya y confirma dentro de sí propio de acuerdo a su método, no habrá conciencia del saber que se obtiene y se permanecerá tan ajeno como antes a la realidad que descubre a la inteligencia esta incomparable concepción del hombre, de su organización psíquica y mental perfectible y de la vida humana en sus más amplias posibilidades y proporciones.

Nuestro método es tan extraordinario que opera en cada individuo según su grado de evolución y su configuración psicológica, y es asimismo tan constructivo que cuanto más a fondo se lo usa con más precisos caracteres aparecen a la observación las modificaciones que promueve en las posiciones internas, todo lo cual acontece en tanto obra también a modo de incentivo, favoreciendo en grado sumo la superación de los estados de conciencia.

Desde luego que la Logosofía no resuelve con fórmulas mágicas los problemas creados por las diferentes situaciones de la vida, ni destruye por ese medio los escollos morales y psicológicos de la imperfección, pues de ser ello posible se viciaría de nulidad el esfuerzo consciente que para esclarecimiento y eliminación de los mismos debe el hombre realizar; pero da en cambio —y esto es lo que vale—, los elementos que propician lo que cada uno debe hacer para conseguir ese fin. De esa constructiva experiencia la inteligencia y voluntad del ser salen fortalecidas. En la medida que se ejercita en tan importantísima fun-

ción del juicio, siente éste dentro de sí el influjo de una fuerza edificante que se traduce en una mayor capacidad de resolver y de obrar, concorde con las justas demandas del entendimiento superado. De ahí que dijéramos hace algunos instantes que la adaptación a los imperativos del proceso a que el hombre es conducido por el método logosófico obra a modo de incentivo, auspiciando permanentemente la superación de la conciencia.

Las enseñanzas son proporcionadas a los cultores de este nuevo saber con profusión y sin aparente ordenamiento. El método mismo conduce a hallar en ellas los elementos que las unen y articulan en poderosos conocimientos. Esto es posible porque se entrelazan en su totalidad, de modo que la verdad en que se fundan asoma y se manifiesta en cada uno de los puntos tratados.

Es cosa comprobada la adaptación de la enseñanza logosófica a todos los estados psicológicos y temperamentales, así como a los diferentes grados de cultura que cada uno acusa. A nadie le está vedado su estudio y experimentación, a condición de que se tenga presente que por primera vez se encara una realidad de tan recia contextura, capaz de cumplir en forma elevada y con fuerza incomparable la tarea de reconstruir la vida sobre la base inconvencible del autoconocimiento.

Los conocimientos logosóficos son fuerzas centrípetas que obran en lo interno del ser a instancias

del proceso de evolución consciente, que comienza desde que el postulante decide con firme resolución instituirse en el propio campo experimental como medio eficaz y seguro de comprobar, paso a paso y experiencia tras experiencia, los sucesivos cambios que van operándose en sorprendente superación moral y psicológica en su ser; vale decir, que desde la iniciación de ese proceso tienen lugar los reajustes que hacen a la inteligencia más consciente y poderosa en el gobierno de sus facultades y en la consiguiente fiscalización de los pensamientos.

Como es natural, esa reactivación de las energías internas encuentra la más amplia correspondencia por parte del logósofo, que se adapta de buen grado a las necesidades reclamadas por el nuevo reordenamiento de su vida y la misión a que debe destinarla. Su formación progresiva demandará —es lógico— una esmerada, profunda y práctica preparación del espíritu. Es éste el más serio y valioso de los trabajos que se puedan imaginar respecto del conocimiento de sí mismo.

Previendo las contingencias del esfuerzo que debe ser realizado, la Logosofía ha dispuesto a lo largo de todo el camino a recorrer una cadena de hermosísimos estímulos que alientan la vida extraordinariamente, lo cual ampara al ser, propenso aún a las sugerencias de la novedad, contra las ficciones, los espejismos y las seducciones del medio exterior.

Al ahondar el hombre su investigación en el mundo

de la concepción logosófica advierte el contraste que los pensamientos muestran allí a su entendimiento. Mientras los pensamientos comunes que tienen cabida en su mente permanecen agrupados en conjuntos abigarrados y discordes, sin acatar directiva alguna de la conciencia, los que responden a la nueva concepción se articulan en recíproca colaboración obedeciendo al plan que tiene por objeto la evolución del espíritu. Esto suele dar lugar a recias contiendas mentales que, a fuerza de resolverse favorablemente, llevan al fin a los emocionantes momentos en que todos los actos, pensamientos y palabras, estrechamente vinculados en la misma actividad, aparecen convergiendo en recónditas aspiraciones de perfeccionamiento. La saludable limpieza realizada evitará en lo sucesivo caer en estados críticos de desorientación, desesperanza, etcétera.

Los pensamientos son, para la Logosofía, los agentes esenciales de la existencia humana. Superados se convierten en verdaderas potencias del espíritu. Teniendo de ello conciencia no peligrará jamás el equilibrio ni la estabilidad psicológica del individuo, que, defendido de los desagradables enredos propios de los estados mentales inferiores, sabrá también esgrimir mejor sus defensas contra el complicado juego de los pensamientos que pueblan los ambientes en los cuales alterna, sin temer los peligrosos enlaces con las ideas falaces y los pensamientos del vulgo.

Enfoquemos ahora el complejo psicológico del

ser humano, aún ajeno a las reformas que el proceso de evolución consciente puede operar en él. Ese complejo se caracteriza por una serie de conflictos internos que nadie ha sabido explicar. La lucha del hombre en tales condiciones se refleja en las hondas preocupaciones que a menudo lo embargan. Desde los días de la infancia hasta los de su vejez se debate en un mar de contradicciones, sin saber a ciencia cierta dónde está lo verdadero y dónde lo falso. La vida es para él un perpetuo interrogante; y si cesa en la búsqueda de conocimientos, se sumerge en la penumbra, ligándose a la vida vegetal por la inmovilidad de sus facultades o, mejor todavía, de su entendimiento superior, cuando no a la vida animal por la semejanza que alcanza con esa especie en cuanto a la indolencia, la indiferencia o el parasitismo de sus funciones mentales. Una gran porción de estos seres, aun cuando no saben con certeza hacia dónde dirigir sus pasos, sienten dentro de sí una inquietud que les impele a prosperar en los órdenes conocidos de la vida. Encauzan en principio sus miras hacia el logro de situaciones holgadas en la faz económica y social, siendo escasísimo el número de los que vislumbrando o intuyendo posibilidades mayores para su entendimiento elevan con tal criterio sus aspiraciones en busca de otros destinos.

Observándolos, vemos también que su mecanismo mental está regulado para el desarrollo de un número determinado de actividades; precisamente las

que colman sus necesidades habituales. Es innegable que existe en ellos una limitación, una rutina, dentro de la cual acostumbran organizar la vida. Entendimiento, razón, inteligencia y cuanto forma el engranaje mental está allí condicionado a un género de reflexiones de las que parecerían no poder apartarse sin peligro de sucumbir. La razón interviene en esos casos actuando en la medida que el entendimiento lo permite, pues no habiendo sido la inteligencia cultivada, el producto del razonamiento no siempre sobrepasa la incipiente comprensión, propia de la mediocridad.

La evolución consciente que el método logosófico propugna —a cuya ley nos hemos referido en esta obra y en múltiples publicaciones, extendiéndonos sobre su trascendencia—, contempla esa situación particular de limitación en el alcance mental e intelectual que caracteriza a la psicología humana en su expresión común, y dirige sus luces hacia el desarrollo de las facultades que se resumen en la inteligencia, a fin de que libre el ente humano su primer encuentro con esa realidad y, convencido de su impotencia, se resuelva a iniciar con decisión y firmeza, y con toda la urgencia que reclama el tiempo de las horas, un amplio proceso de superación. Cuando esto ocurre, cuando obedeciendo a los dictados del método logosófico penetra en el campo de la experimentación propia y toma contacto con los conocimientos que han de abrirle las puertas de ese nuevo y complejo mundo

interno desde el cual le será permitido alcanzar los estrados del mundo trascendente, lógico es que expere sucesivas transiciones que exigen ser superadas con toda regularidad. Queremos significar que al tiempo que el campo mental se ensancha y la inteligencia se ilumina alumbrada por el potente fulgor de verdades que se ignoraban, todo debe cambiar para el hombre, y, muy especialmente, su vida misma. Cambiarán los conceptos de las cosas, cambiarán las sensaciones al manifestarse en correspondencia con los nuevos conceptos que haya logrado abarcar el entendimiento, cambiarán las actitudes y cambiará asimismo la conducta respondiendo a la exigencia de comprensiones cuya naturaleza obedece a la influencia de las cualidades que vayan cultivándose.

Es de todo punto lógico que al penetrar el hombre en el mundo trascendente deba actuar en concordancia con los deberes que el mismo le impone, y que su vida toda deba transformarse espiritualizándose en la esencia del pensamiento, para reflejarse en la claridad de la inteligencia; de lo contrario sería una apariencia o una ficción que la realidad a la cual se pretendiese sorprender descubriría y fulminaría. El indígena o el inculto —pongamos por caso— que quisiese alternar en nuestro medio social, sería repelido por la fuerza compacta del ambiente que nos es común y familiar, del mismo modo que el mediocre, indisciplinado y falto de estudio se vería imposibilitado de alternar en el ambiente científico, donde no encontraría más que

el vacío o el rechazo de los que allí se encontrasen tratando temas de su especialidad.

No debe en absoluto confundirse la evolución consciente, que implica, como lo dejamos expresado, una auténtica renovación de la vida, con los cambios y recambios a que el ser se ve obligado por las circunstancias. No es esa evolución la que fuerza al intelectual, por ejemplo, a cambiar de posición ante el derrumbe incesante de los supuestos y teorías que a su juicio asumieron jerarquía. Esto nos recuerda a ciertos giros que se repiten indefinidamente en la música. Dentro de ese cuadro psicológico y mental cabe incluir igualmente a los que se han dejado cortejar por un selecto núcleo de pensamientos. Creen haber colmado así sus aspiraciones de elevación espiritual y se ingenian para manejarlos en modo de infundir en el semejante la certeza de hallarse ante una cumbre intelectual. Con ellos, que han cerrado las puertas de sus doradas mansiones, no podrá comunicarse la fuerza creadora y renovadora de la concepción logosófica.

Nos sentimos, a pesar de todo, inmensamente compensados por los que se allegan sin recelos de ninguna especie a la fuente logosófica en busca de las sabias enseñanzas que fluyen de ella. No en vano esta nueva concepción de la vida y del universo va conquistando día tras día la simpatía y la adhesión de grandes y pequeños; de la juventud, que tanto necesita de estos conocimientos; de los niños, de los hombres reposados; de los que cumplen las más variadas

actividades en el orden físico y común; del profesional y del obrero.

La evolución consciente es de extraordinaria importancia para la vida del hombre, y requiere, para ser realizada sin mayores entorpecimientos, una constante vigilancia de sí mismo y una consagración, casi diríamos, plena, a cuanto incumbe al desarrollo de las facultades de la inteligencia y a la capacitación gradual de las potencias internas. En ese proceso, que debe abarcar por entero la existencia si se aspira a culminar en progresivas etapas de realización consciente, acontecen determinados hechos que se deben conocer y tener muy presentes para no malograr esfuerzos estimales, afanes nobles y anhelos de la más alta valía y consideración.

Quien penetra en el campo de la realización interna, vale decir, de la evolución consciente o superación integral, ha de encontrarse en más de una ocasión en el siguiente caso: Mientras experimenta y confirma mediante esa experimentación el valor inestimable de ciertos conocimientos o enseñanzas que le benefician y estimulan en alto grado; mientras capta o percibe por la sensibilidad verdades de extraordinario alcance para sus posibilidades, la razón suele no explicárselo y a veces hasta se obstina en negarlo, ya por no haber sido ella el conducto por donde pasaron esas percepciones a lo interno, ya por no atinar a resolver por qué tales hechos se produjeron de ese modo en tanto ella, que se supone rectora de los actos, de la voluntad y

del juicio, permanecía casi ajena a lo acontecido en la intimidad de la vida del ser. Cuántos hay que luego de experimentar la realidad de una felicidad percibida, captada y hecha carne en ellos por la sensibilidad, se han visto culpados y aun censurados por su propia razón al manifestarse ésta irreductible, intransigente y tenaz hasta el rigor. El fin perseguido no pudo ser otro que anular los actos consentidos por la voluntad y disfrutados por la sensibilidad; la misma que captó el contenido o la esencia del hecho que la conciencia aceptara sin objeción. ¿Por qué esta contradicción en las funciones esenciales del mecanismo psicológico humano? ¿Por qué ese persistente insistir de la razón en detener el tiempo, los hechos y las cosas hasta tanto ella logre discernir, como constancia de veracidad, aquello que ya ha sido determinado por la naturaleza misma como función primordial de la vida, que así como absorbe el oxígeno que la vivifica en su físico, absorbe también, en virtud de la ley de conservación y de equilibrio, cuanto le es grato o la beneficia en su implícita condición de humana, sea en el aspecto intelectual, sentimental o espiritual? ¿Por qué ocurre esto? . . . Porque la que pretende discernir y juzgar en estos casos es la razón del hombre mediocre. Es la razón del hombre inferior, la razón común, que pretende, no ya juzgar y discernir, sino dominar la naturaleza y el pensamiento superior.

La sensibilidad, en su acepción más pura, aven-

taja siempre a la razón; ella asume los dictados de la naturaleza, que es la que ofrece a la conciencia del hombre todo el elixir de pureza que éste sea capaz de extraer. Se pueden experimentar, percibir y captar muchas cosas por la sensibilidad, y es común que la razón comprenda muy poco de ello, no obstante la exacta confirmación de lo experimentado, percibido o captado; no obstante la confirmación de hechos y verdades puestas en evidencia dentro del mismo ser por la fuerza de una realidad que impide la más ínfima desnaturalización de su origen y manifestación.

La razón no puede, empero, permanecer retrógrada a los adelantos de la conciencia y a las manifestaciones del espíritu que se combinan en la inteligencia. La razón del hombre inferior es estrecha y revela todos los defectos de la incapacidad; la del hombre superior responde a los dictados de la conciencia, examina cuanto juzga con la mayor amplitud de criterio, sincroniza su función discernitiva con las palpitaciones del alma y del corazón, y ausculta y comprende el lenguaje íntimo de la sensibilidad, que se manifiesta siempre con la elocuencia del latido emocional y el candor de la inocencia. Ésa es la razón que el hombre debe llegar a poseer: la razón que establecerá el equilibrio en elevados, casi sublimes, estados de evolución y perfeccionamiento.

Habrá podido apreciarse a través de lo que antecede, la línea de conducta trazada por el método logosófico que, sin rigidez alguna, contempla las com-

plejidades que ofrece la vida del hombre. Quien después de haber buscado por todas partes la solución al gran problema de la evolución psicológica lo ensaye con buena voluntad, no se llamará a engaño y podrá confirmar por propia cuenta la verdad expuesta. Es el nuestro un método vivo, que se observa sin necesidad de forzar el entendimiento; antes bien, permite el libre juego de todos los resortes de la psicología humana, sin dejar por ello de adaptarlos a otros movimientos más inteligentes y rápidos. Cuando se ha logrado comprender su activo mecanismo, se lo adopta a lo largo de la vida, tal su virtud constructiva y el benéfico auxilio de sus altos dictados.

VIII

Sistema mental. — Las dos mentes. — Intervención del espíritu en el funcionamiento y uso del sistema mental. — Actividad combinada de las facultades de la inteligencia.

Trataremos en este capítulo el sistema mental, esa maravilla de la creación humana que admirablemente dispuesto y conformado, sirve al hombre desde los confines abismales de la ignorancia hasta las alturas cumbres de la Sabiduría. Consta ese sistema de dos mentes perfectamente equipadas y combinadas en su funcionamiento, destinadas a satisfacer todas las necesidades y exigencias del ente físico o alma y las del espíritu cuando asume éste el control de la vida; vale decir, que para el gobierno de su vida común dispone el hombre de una mente inferior o común, y para el de la vida superior de una mente también superior. Ambas son exactamente iguales en su constitución, mas no así en su funcionamiento y prerrogativas. Son dos esferas de calidad, volumen y actividad diferentes.

Cuando el sistema mental es usado por el ente físico o alma para asuntos físicos, y éstos, por elevados que sean no obedecen a precisas demandas de

la vida superior, la acción de ese sistema queda limitada a la mente inferior o común; cuando es el espíritu quien lo usa, valiéndose de él para encarar los problemas de la vida superior en estrecha vinculación con el mundo metafísico, es la esfera superior la que toma cartas en el asunto. Al mencionar aquí al espíritu nos referimos a su existencia como verdadera entidad que rige el destino del ser humano consciente, al ente superior, que en la mayoría permanece estático, esperando el instante de asumir su verdadera función rectora.

Mientras la mente inferior o común —de la cual se ha valido hasta aquí el individuo— se detiene automáticamente en las fronteras de la superior, pues no llegan a más sus posibilidades, la superior tiene poder sobre los dos grandes mundos, el físico y el metafísico, siendo precisamente en este último donde realiza los prodigios con que la inteligencia superada promueve la atónita actitud de los escépticos, los rutinarios y de la incontable legión de legos, para quienes toda verdad es un mito.

Los grandes pensadores han usado y usan la mente superior, mas no habiéndose perfeccionado en la conciencia de esa realidad, para ellos no existe más que una sola mente y es total su despreocupación en cuanto a este género de investigaciones, que habría podido llevarles a la comprobación de un descubrimiento tan íntimamente ligado al conocimiento de sus vidas. No obstante, ellos creen haber llenado lo mismo

su función, y nosotros respetamos y apreciamos en todo su volumen sus valiosos aportes. Tenemos, empero, la esperanza de que en día no lejano vuelvan la vista hacia nuestras concepciones; sabrán entonces de los enormes valores que éstas representan para el individuo como ente consciente, y no será ya contado el número de los que sobresalgan en las esferas intelectuales del mundo, porque se habrán abierto los cauces para la verdadera formación del ente pensante, del espíritu, en las altas esferas del pensamiento creador.

Las dos mentes —la superior y la inferior o común— están constituidas por la inteligencia, que agrupa a todas las facultades: razón, entendimiento, intuición, imaginación, memoria, observación, etcétera, y, muy principalmente, la facultad de pensar. Integran asimismo el sistema mental los pensamientos —de los que ya nos hemos ocupado en otros capítulos—, cuya importancia en la evolución y destino de la vida humana es, en sus máximas consecuencias, decisiva.

Podríamos representar simbólicamente ese sistema mental con un vehículo cuyas ruedas —la inteligencia y sus facultades de un lado, y los pensamientos del otro—, al girar, llevan al que lo maneja a los puntos adonde se propone llegar. De la velocidad y regularidad con que se muevan esas ruedas dependerá el tiempo que dure el recorrido.

No entraremos aquí a desarrollar la función espe-

cífica de cada facultad, pese a su importancia, ya que tal desarrollo no corresponde a los propósitos de este libro. Haremos tan sólo una rápida referencia a las combinaciones mentales que se verifican con su intervención.

Cada facultad actúa en su respectivo campo, pero para mayor eficiencia de su cometido puede tomar muchos elementos de valor de los demás campos. Así, por ejemplo, la facultad de pensar, antes de producir los pensamientos que se propone crear, toma de la observación, de la razón o la intuición, según el caso, los elementos vivos que integrarán la célula mental en la que habrá de desarrollarse el pensamiento, el cual nacerá tanto más robusto y más facilidad tendrá para alcanzar el fin para el que fué creado cuando más vigorosa sea la virilidad mental. La observación, por su parte —y del mismo modo cualquier otra facultad—, puede actuar sola, pero si en el momento de iniciar su actividad lo hace conjuntamente con la facultad de pensar, de razonar, etcétera, ejercerá su función al par que piensa y razona, tornándose con ello activa. Un hecho o un episodio podrá ser observado sin poner en él interés alguno, en cuyo caso carecerá de importancia o, sencillamente, se olvidará; mas si la actitud al observar ese hecho o ese episodio es otra, es muy posible que surjan de allí motivos vinculados con la propia experiencia y saber, pudiéndose extraer conclusiones útiles. La facultad de observar habrá cumplido eficientemente su cometido esta vez; en consecuencia,

otros serán los resultados, los cuales podrá aportar al requerimiento posterior de otras facultades.

Sea en la investigación científica como en todo estudio serio, sea en la elaboración de proyectos como cuando acicateada por fuertes estímulos la facultad de pensar vislumbra primero y concibe después propósitos en los que se definen íntimas aspiraciones del ser, ocurren estas combinaciones en las que prestan su concurso diferentes facultades. De igual modo cumple su cometido cada una de ellas en sus respectivas esferas de actividad.

La facultad de pensar, productora de ideas y pensamientos, es la que define la génesis de los mismos. El proceso de superación integral requiere que los pensamientos sean creados por la propia mente. Aun cuando para su elaboración se haya necesitado el concurso de elementos provenientes de otras mentes, su esencia será otra y otro su contenido específico. Si en el momento de crear una idea o un pensamiento puede uno inspirarse en los conocimientos que posee, tanto mejor.

Dicha facultad promueve la selección de pensamientos, ayudando a desechar los inútiles y nocivos, en tanto ofrece a la inteligencia los mejores para que de ellos se sirva en la conducción feliz de la vida. Ella preserva al hombre de caer en las falacias de la imaginación o la ilusión, y en esa incierta gama de conjeturas, suposiciones y creencias que bordea el pensamiento no articulado ni dirigido por la auténtica razón

humana. Esa facultad, que tan importante labor desempeña dentro de la mente —y del mismo modo las demás facultades— ha alcanzado muy escaso desarrollo en la mayoría, y aun ha llegado a considerársela como cosa en desuso; ello a juzgar por la tan corriente expresión de rechazo cuando se habla a las personas sobre cualquier tema más o menos complicado: —Si es algo en lo que debo pensar —dicen—, ¡ni me hable! Sin embargo, alguien piensa por ellas, y a los que piensan se debe todo lo que después disfruta la humanidad entera.

Por último diremos, volviendo al sistema mental, que quien use ese sistema sin el necesario ejercitamiento, lo hará a semejanza del que toca un instrumento de música sin haber aprendido su técnica. Si en el mismo instrumento posase sus manos un eximio artista, arrancará melodías sublimes y quizá obras maestras.

IX

Génesis, vida y actividad de los pensamientos. — El pensamiento como entidad autónoma. — Función del pensamiento autoridad.

Antes de entrar a tratar los pensamientos, haremos una breve digresión con el objeto de contribuir a formar más acertadamente el juicio que exige toda nueva verdad con la que el entendimiento desea vincularse.

El hombre posee elementos para ayudarse a sortear las múltiples dificultades de la vida; esto es indiscutible; pero también es indiscutible que existen otros de imponderable valor destinados a iluminar la inteligencia y enriquecer la conciencia, cuya obtención y manejo requiere un verdadero proceso de adiestramiento mental interno. La Logosofía actúa directamente sobre los centros de la vida consciente y reenciende la llama del espíritu; de ese espíritu nuestro que alejamos de sus dominios y que ansía volver a reinar sobre nuestras vidas. Mas antes de que tal cosa acontezca, estos nuevos conocimientos conducen al hombre al encuentro con su propia realidad, mostrándole con harta evidencia sus precarios medios de información respecto de sí mismo. ¿Se podrá argumentar o alegar contra esto?

¿Dónde está la escuela, dónde la enseñanza que acometió tal empresa? Aventuras hubo muchas, eso sí, que junto a estudios mejor inspirados, han servido luego para nutrir los textos de filosofía y psicología, editados en profusión para satisfacer las exigencias de la cátedra. Pero una genuina fuente de saber, incontaminada y poderosa como lo es la sabiduría logosófica, que enseña el verdadero camino para el conocimiento de sí mismo, no la hubo; de haber existido habría modificado el equivocado derrotero que ha seguido hasta aquí la humanidad. Los psicólogos —fuerza es reconocerlo— han orillado con suma habilidad el asunto; mas no se trata de barajar términos y acomodar ocurrencias cuando se abordan las cuestiones psicológicas, muy especialmente las que conciernen al mundo interno, por la sencilla razón de que antes de hablar de los mundos de nuestros semejantes debemos penetrar en el nuestro. De su conocimiento inferiremos lo que ocurre en el de los demás. Esto es lo que no se ha hecho.

La Logosofía ha radicado el problema humano en la mente, y es allí donde lo resuelve con meridiana claridad y fuerza sugestiva. No traslada, como es habitual en este género de cuestiones, la figura central a las dilatadas estepas de la imaginación. Concreta y plasma sobre lo real el elemento básico de la concepción que define específicamente al órgano promotor de la vida psíquica del hombre, la mente, y a sus principales agentes, los pensamientos.

Partiendo de la base cierta de que existe en torno

a este punto —aún al presente— una notable desidia, sólo explicable por la carencia de conocimientos, sostenemos que nuestra concepción suscita los más extraordinarios cambios en la vida y promueve su resurgimiento integral, cuya dimensión no tiene límites.

Siendo que los pensamientos hacen a la vida, por constituir ellos sus agentes naturales, lógico es que la vida deba a su vez ser el medio donde los pensamientos nacen, se desarrollan y cumplen la actividad que la misma les ofrece. Si la mente que alienta la vida de un ser es pobre en recursos por carecer éste de conocimiento y cultura, los pensamientos serán de igual naturaleza, pero si éstos procrean en mentes cultivadas y reciben adecuada instrucción, enriquecerán al mismo tiempo la vida colaborando en la edificación de un nuevo y mejor destino.

Frente al panorama común, fácil resultará observar la extremada heterogeneidad del contenido mental de cada individuo. Pensamientos de toda especie se aglomeran allí como en un recinto destinado a la deliberación pública. Aun cuando la razón que presidiera esa asamblea tratara de reunirse en privado (meditación), poco espacio le quedaría, y el vocerío no dejaría por ello de perturbar la serenidad que reclama el estudio a fondo de cualquier situación planteada.

Lo que acabamos de señalar proviene, en los más, de la falta de ejercicio de la facultad de pensar y de la ausencia de elementos de juicio para encarar con resolución las cuestiones con las cuales se enfrentan

en las diversas circunstancias de la vida; en los menos tiene su causa en la absorción que hacen de ellos sus preocupaciones (pensamientos complejos). Pese a la capacitación y facilidad que posean estos últimos para manejar las situaciones creadas, tales preocupaciones no dejan espacio en sus mentes para moverse con holgura en procura de solución.

Corrientemente se confunde pensamiento con mente, entendimiento, función de pensar, cerebro, razón y hasta voluntad, haciendo de cada uno de estos vocablos un término común que los entremezcla como si se tratara de una sola y misma cosa. La Logosofía ha hecho una discriminación precisa de tales términos, señalando así la diferencia entre la mente y cada una de las facultades en sus respectivas funciones.

En nuestra concepción los pensamientos son entidades autónomas que se procrean y cobran vida activa en la mente humana, de donde pueden pasar luego a otras mentes sin la menor dificultad. De ahí que muchas personas, sin molestarse en pensar, aparecen emitiendo no pocas opiniones. Se trata de un hecho curioso. No ejercitan la facultad de pensar, pero favorecidos por cierta facilidad memórica, recogen del ambiente todo pensamiento que les impresiona y lo hacen suyo, mostrándose posteriormente como si dominaran tal o cual cuestión. Esta apropiación de lo ajeno todavía se consiente cuando se hace uso de pensamientos que provienen de mentes en las que fueron incubados sin orden y sin depender de ninguna subordinación ética, vale

decir, pensamientos sin trascendencia alguna. Lo censurable es cuando se trata de aquellos otros que son partes inseparables de un verbo cuya paternidad no se discute y que, en consecuencia, sólo pueden ser usados mencionando su origen, tal como lo hace la intelectualidad selecta al ejercer esa noble regla. Su frecuente infracción es lo que dió lugar en muchos países, entre los que se cuenta honrosamente la Argentina, a la Ley de Propiedad Intelectual.

Hay asimismo quienes —como los anticuarios— buscan las ideas más raras y recopilan fragmentos de imágenes mentales de los más variados orígenes en colecciones polimórficas, que exhiben con igual orgullo que aquellos que muestran entre sus trofeos de caza cabezas de ciervo, pieles de león, etcétera, cobrados a prueba de riesgo y destreza durante sus incursiones en la jungla, sin saber, quizá, que existe una fauna más feroz, la fauna mental, con sus pensamientos de ambición, violencia, rencor, odio, venganza, crueldad, aparte de otros muchos que conforman el cuadro de la delincuencia. De que alguien se haya aventurado a penetrar en esa temible jungla que, por paradójico que parezca, se halla dentro del propio ser humano, no hay antecedentes; de otro modo se conocería que en esa selva también hay fieras que se domestican y convierten en dóciles instrumentos al servicio del amo; entre ellas los pensamientos de impaciencia, intolerancia, irresponsabilidad, vanidad, egoísmo y algunos más que no es del caso citar.

Se podrá juzgar, por lo que venimos exponiendo, la importancia extrema que tiene conocer a fondo la génesis, vida y actividad de los pensamientos. Cuántos, por ignorarlo, han caído en lamentables estados mentales que concluyen en la esquizofrenia, cuando no en la locura. Es que las paredes de la mente, si bien son elásticas, no pueden dilatarse de golpe o caprichosamente sin peligro de estallar. Decimos esto como advertencia a los que tienen la mente atiborrada de pensamientos dispares.

Si no se hace un buen espacio en la mente para que actúen los pensamientos que habrán de auxiliar en la tarea de conocerse a sí mismo; si se pretende introducirlos y mezclarlos con los que se tienen allí acumulados, serán asfixiados y se malogrará indefectiblemente el propósito de experimentar por sí propio una realidad aún desconocida. No podrá nadie internarse en su mundo interno si una aglomeración de pensamientos burlones, pesimistas, interesados, adulones o refractarios, por ejemplo, apretujados en la mente, hostigan con gritos, amenazas y estribillos injuriosos a aquellos otros que habrán de conducirlo hasta él. Se impone instituir sin dilación en la mente un gobierno de orden. Hasta tanto sean establecidas las garantías y la libertad individual, nada mejor que declarar, a semejanza de lo que ocurre en la vida política de los pueblos, el estado de sitio interno. Haremos que asuma el mando un pensamiento "autoridad". Será éste el encargado de consumir en épicas jornadas el propósito

que cada uno se haya fijado como norte para enriquecer la conciencia con la nueva generación de conocimientos que la Logosofía pone al alcance. Se le encomendará, pues, el diligenciamiento de todos los expedientes mentales, es decir, el ordenamiento de los estudios, experiencias, conclusiones y resultados que surjan de la adopción de los principios logosóficos y de la vinculación directa con la enseñanza.

El método consiste aquí en no permitir la interferencia de los pensamientos que de vieja data se creían dueños, señores y consejeros de la propia razón, o sea los prejuicios, creencias o convicciones que no resisten el menor análisis lógico, a los que aún puede agregarse la desconfianza, la pusilanimidad, el desconformismo y todos aquellos pensamientos que defienden sus antiguas posiciones, muy cómodas por cierto, pero impropias de un espíritu que anhela elevarse a alturas menos densas y más luminosas para el entendimiento.

Entre los pensamientos que suelen dominar la mente, también están los de temor o de miedo, sobre los cuales la Logosofía ejerce decidida influencia, presionándolos con energía para que surja la seguridad con que deben enfrentarse todas las situaciones. Si hacemos un enfoque al azar, sobre cualquier mente, sin duda encontraremos, entre los muchos pensamientos que pugnan por predominar en ellas, a los diversos engendros de la curiosidad instintiva, a los pensamientos del vicio, de las debilidades y muchos otros que tantas veces hacen claudicar a la razón, como si sus "razones"

fuesen más fuertes y convincentes. ¿Y qué diremos de los pensamientos de alarma y de los que se ocultan entre los velos del presentimiento para propagar en forma contagiosa el pánico, la sugestión o el terror?

El conocimiento de los pensamientos y su ejercicio consciente representa, tanto para la mujer como para el varón, uno de los atractivos de mayor jerarquía y beneficio. Hogares que son verdaderos infiernos disimulados por el fingimiento hecho norma, cuando no glaciares donde el calor parecería haber huído para siempre, pueden transformarse tras la simple realización de los primeros tramos del proceso evolutivo consciente, en oasis de cordialidad, armonía y entendimiento. Ahuyentados por la luz que sobre ellos proyecta el conocimiento trascendente, desaparecen de la mente los pensamientos que la dominaron —los coléricos, los irritables, los provocadores, los destemplados, los confusos, etcétera—, retornando la calma y la placidez hogareña. La adopción lisa y llana del método logosófico por parte de la mujer, representada en sus condiciones de madre, esposa, hermana, hija, etcétera, ayuda especialmente a que florezcan en el medio familiar la paz, la alegría y, sobre todo, la conciencia de un vivir extraordinariamente feliz.

Nadie podría llegar a conocer el mecanismo de su vida consciente sin dominar antes el secreto que mueve. anima, particulariza y define a los pensamientos como entidades autónomas. Recién al apreciar esa verdad y asimilar una comprensión amplia al respecto, podrá

tenerse una idea exacta del porqué de la necesidad imprescindible de realizar el proceso de evolución consciente cuando se quiere encauzar la vida hacia el perfeccionamiento, que es, en definitiva, alcanzar las potencias del espíritu en las máximas posibilidades humanas.

Es tan amplio, curioso e interesante el panorama que surge del conocimiento de tan principalísima parte de la concepción logosófica, que el hombre se siente ante él anonadado; es que se ha mostrado a sus ojos y a su entendimiento uno de los sectores más activos del propio mundo interno.

Como se comprenderá, por primera vez se halla el hombre ante posibilidades efectivas en cuanto al panorama íntimo de su existencia, tanto por el sentido de realidad que en las enseñanzas advierte y la proximidad con que su entendimiento las encuentra ubicadas, como por la certeza que ofrecen de su aplicación inmediata a la vida.

X

El espíritu. — Su manifestación e influencia en la vida del hombre. — Verdadera función del espíritu.

En virtud de la naturaleza extrafísica y, por tanto, incorpórea y sutil del espíritu humano, describirlo es harto difícil. Comenzaremos por advertir, antes de resumir en concreto la imagen real de su existencia, que la idea de un espíritu abstracto, intrascendente e indefinido, o el confundirlo con el alma o con el hombre mismo —haya éste cultivado o no su inteligencia— es sólo un principio de reconocimiento de su esencialidad, pero no la explicación filosófica ni científica acerca de su calidad de ser específica y su verdadera misión en la vida. Carecen asimismo de significación las habituales alusiones que se hacen del espíritu en textos y discursos para denotar su asociación a las llamadas actividades intelectuales; a menos que con ello se quiera dar por sabido que éste se manifiesta cuando el hombre trata de elevarse por encima de toda materialidad en busca de un aliciente superior para la vida. En este caso estaremos de acuerdo, mas haciendo la salvedad de que nuestra apreciación se funda en

hechos y observaciones que van mucho más allá del concepto generalizado.

Para la Logosofía el ser humano está integrado por el ente físico o alma y el ente espíritu. Al primero le ha sido fijado un destino común. Se desarrolla física e intelectualmente sujeto a la poderosa influencia del mundo material; del mundo de las grandes empresas, de los magnos descubrimientos y de los actos heroicos; de los perfeccionamientos técnicos estupendos, de las construcciones maravillosas y de las no menos asombrosas creaciones artísticas, pero, pese a sus grandes inquietudes, no ha logrado aún descifrar el enigma de su espíritu ni desentrañar los misterios del mundo metafísico, que interpenetra el material y es, al fin de cuentas, origen y meta de su existencia.

Vamos a considerar ahora lo que en verdad acontece entre el ente físico o alma y el espíritu, o sea las relaciones que ambos mantienen corrientemente. Salvo los casos excepcionales en que el hombre demuestra poseer plena conciencia del dominio del espíritu sobre el ente físico, los demás sólo acusan las ambiguas referencias ya señaladas, que no concuerdan ciertamente con la realidad.

En verdad, preocupado y absorbido el ente físico por las tareas y compromisos que le demandan su atención en el plano material, no ofrece motivo ni oportunidad al espíritu de participar en ellas, por cuanto no son de la incumbencia de éste. El hombre ilustrado, que cultiva su inteligencia en las culturas llamadas del

espíritu, le deja en cambio actuar, mas sujeto a la voluntad del ente físico y, muchas veces —dígase con sinceridad—, sin tener cabal conciencia del momento preciso en que aquél desenvuelve su actividad, que en ese caso sería estrictamente mental. Se lo confunde con la inteligencia misma o la exaltación del pensamiento en su función creadora ; pero no es tal, como lo veremos en seguida.

El ente físico usa el sistema mental para los asuntos exclusivamente físicos o materiales. Nos estamos refiriendo a la mayoría y siempre con excepción de los que piensan en sentidos más elevados. Pues bien, el espíritu no interviene allí en nada. Se lo mantiene ajeno a todo lo que ocurre en la vida, como si nada tuviera que ver en ella. Sin embargo, el espíritu sabe manejar ese sistema mental y servirse de él con mayor soltura y eficiencia que el ente físico, sólo que gusta usarlo, principalmente, para llevar al hombre al conocimiento de su mundo, el metafísico, de donde resulta que el conocimiento de sí mismo es el encuentro e identificación con el propio espíritu. Este nuevo y grande concepto del espíritu, que tendrá honda repercusión en el mundo del pensamiento, constituye uno de los principales factores de la evolución consciente.

¿Cómo nos prueba el espíritu que sabe hacer uso de nuestra mente? En que aprovecha la inhibición de nuestros sentidos durante el sueño para movilizar los pensamientos y actuar en ella. Esto produce el fenómeno de los sueños, en los cuales no tiene participación

alguna el ente físico. ¿Será ése un desquite del espíritu frente a la indiferencia e impasibilidad que se le muestran? Quizá; y no deberá extrañarnos, por cierto, una reacción así de su parte para sacudir de algún modo la torpe percepción humana y darnos a entender que según la intervención que le permitamos en nuestra vida nos hará a su vez participar conscientemente de nuestro vivir en su mundo. Será entonces cuando tendremos conciencia de la actuación de la mente en los sueños; cuando guiada la vida por el espíritu, veamos inferiorizarse lo material ante la superioridad de lo inmaterial.

Las pesadillas, en las que el ente físico sufre crudas conmociones, vacilando al despertar antes de convenirse de que no fué cierto lo que soñó, evidencian igualmente la intervención del espíritu; mas esto no lo sabe el ente físico, ni sospecha tampoco que el "shock" psicológico experimentado podría obedecer a alguna admonición del espíritu motivada por su ceguedad. También el hecho de incorporarse y echar a andar el cuerpo dormido, a veces por las cornizas de las casas, como sucede en los casos de sonambulismo, pone en evidencia que alguien puede manejar ese cuerpo a voluntad, volviéndolo al lecho sin haber sufrido la menor consecuencia. ¿Quién es, pues, ese alguien? ¿Hemos de suponer, tal vez, extrañas perturbaciones de nuestra naturaleza psíquica? Cuando después de dormirnos por la noche, preocupada la mente por algún problema que durante la vigilia no pudimos resolver,

nos encontramos al despertar con su solución, como si nos hubiese caído del cielo, ¿qué ocurrió? ¿Podríamos negar que fué el espíritu quien usó nuestro sistema mental y nos proporcionó la grata sorpresa de hallarla por un simple acto de nuestro recuerdo? El hombre no debe engañarse más a este respecto; como tampoco debe seguirse engañando a las criaturas hablándoles del “ángel de la guarda”. No es él quien vela por su seguridad salvándolas de las delicadísimas situaciones a que tan a menudo las lleva la inconsciencia o la imprudencia. Debe decirseles que es su propio espíritu el que intercede para evitarles una desgracia. No importa que no lo comprendan; ya lograrán comprenderlo cuando grandes, tan pronto su discernimiento haya madurado con el auxilio de estas enseñanzas trascendentales para la vida.

¿No hemos visto reproducirse la misma intervención del espíritu en los casos de fiebres altas y de narcolepsia? En tales circunstancias el ente físico no cuenta. Alguien usa su mente y hasta le hace hablar, y ese alguien no puede ser otro que el espíritu auxiliando al hombre en momentos extremos. Se argüirá que en los casos de fiebres altas el delirio sobreviene por la sobreexcitación de las células cerebrales y nerviosas, argumento este que conformará a la ciencia, pero no a la verdad. Sólo podemos admitirlo cuando se trata de estados patológicos en los que esas células quedan afectadas por diferentes gérmenes patógenos, como ocurre en diversos tipos de delirio muy conocidos, pero

esto no hace más que robustecer nuestra posición al afirmar que el espíritu es quien interviene en los casos citados, como asimismo en los estados de catipnosis, en los cuales ya no puede decirse que hay sobreexcitación de las células, sino adormecimiento. Queda todavía el síncope y aun el éxtasis —ateniéndonos siempre al caso de permanecer las células sanas, es decir, sin alteración patológica—, donde el ente físico ha perdido el conocimiento o ha sufrido la anulación temporal de los sentidos, pero vive; algo le sostiene hasta el momento de volver a la realidad.

Sin duda alguna, es el espíritu quien alienta la vida del ser humano, mas, por si quedara algún vestigio de incertidumbre, presentaremos otro hecho comprobatorio de nuestra tesis. Nos referiremos a aquellas circunstancias en que el ente físico, debiendo afrontar peligros o situaciones de extrema crueldad o el dolor insufrible de perder a un ser querido, llega al máximo de su resistencia moral y anímica. Allí queda sin más recursos que el llanto y la desesperación, o el atontamiento: es el momento de la sublime humildad y del no menos sublime reconocimiento de la impotencia humana. De pronto siente surgir dentro de sí una fuerza poderosa que lo sostiene. Se ha llamado a esto “presencia de ánimo”; pero, ¿cómo pudo estar presente el ánimo si se lo había perdido? Es, pues, el espíritu quien infunde valor en estos casos, quien da fuerza y prepara para aceptar con entereza y sumisión a la vez un trance heroico de la vida.

Siendo que el espíritu conserva intactos el saber y la experiencia como la evolución realizada en las diferentes etapas de vida física, con sobrados motivos puede suponerse que en cada nuevo período de vida terrenal sea él, precisamente, el que busque todo momento propicio, toda ocasión que se le ofrezca para informar al ente físico de las reservas de conocimiento que posee. La espesa ignorancia del hombre le impide, sin embargo, escucharle, razón por la cual trata éste de manifestarse bajo formas diversas, una de ellas en los sueños. Esa influencia del espíritu en la vida mental y psicológica del ser es incesante y le ha inducido a buscar la verdad por todas partes; a desenmarañar el terrible enredo de dudas, suposiciones y creencias que dificultan su evolución y le mantienen atado al carro de la adversidad.

Sólo cuando el hombre se busca a sí mismo utilizando los conocimientos inherentes a ese fin, comienza para él un verdadero despertar. La primera gran verdad habrá de hallarla dentro de sí; una verdad que está representada por todas las etapas que con su esfuerzo y adiestramiento deberá cumplir hasta identificarse con su espíritu y asegurar su efectiva y permanente intervención en el trascendente proceso que está realizando. Llegado a ese punto asumirá éste el gobierno de la vida y actuará con entera libertad en la vigilia, logrando el ser físico tal seguridad y acierto en su pensar y hacer que le evitarán caer en el engaño o el equívoco; y su reposo será ciertamente reparador, puesto que los bre-

ves espacios de tiempo que el espíritu requiere para su actividad metafísica no fatigarán en modo alguno el sistema mental, y el ente físico habrá podido recibir nítidamente la trasmisión de todas las imágenes que intervinieron en esa actividad llevada a cabo durante el sueño.

La conciencia debe ser enriquecida por el hombre con los conocimientos que tiendan a su perfeccionamiento y le capaciten para cumplir la alta finalidad humana, que es la posesión de los grandes secretos —visibles unas veces e invisibles otras— que rodean e interpenetran su prodigiosa existencia sobre la tierra. Quedará sobrentendido que es el espíritu quien desempeña el principal papel al cumplirse la importante función de enriquecer la conciencia.

Finalmente, y para dar una idea más clara y convincente sobre el particular, presentaremos esta imagen: Cuando por primera vez compramos un automóvil, debemos necesariamente aprender su manejo. Supongamos que la carrocería de ese automóvil es nuestro cuerpo y que el motor y demás accesorios de su mecanismo, nuestra alma. Mientras vamos adiestrándonos en su manejo, iremos conociéndolo parte por parte y apreciando el valor y la exacta función de cada pieza o engranaje; nos compenetraremos a un tiempo de los secretos que aseguran su buen funcionamiento y de los no menos importantes para su mejor conducción. Esto nos advierte que siguiendo un adecuado proceso de adiestramiento iremos acumulando

en nosotros —en nuestro espíritu— conocimiento y experiencia, y cuando andando el tiempo nuestro vehículo —nuestro cuerpo y nuestra alma— sea ya viejo, podremos abandonarlo. El conocimiento y experiencia adquiridos nos permitirá manejar con mayor pericia en las sucesivas etapas del eterno existir, otros vehículos, pues el espíritu jamás envejece.

Hay quienes ocupan vehículos que no manejan; son los que no sabiendo manejarse a sí mismos, confían en el auxilio constante del prójimo para andar por la vida; los que se sirven de los pensamientos ajenos, los que no piensan, los que viven al margen de la realidad consciente de la existencia. Los hay también que aprenden mal a manejar su vehículo y siguen manejándolo así mientras viven. Se comprenderá que ninguno de ellos podrá llevar consigo —nos referimos al espíritu— los valiosos recursos del conocimiento, tan útiles para la herencia de sí mismo.

XI

Campo experimental. — Experiencias internas y externas. — Necesidad de orientaciones precisas y ciertas en la experiencia individual consciente.

La Logosofía señala a las posibilidades de todo individuo un campo experimental extraordinariamente singular y fértil. Ese campo se extiende a lo largo de toda la vida y se divide en tres importantes partes, conforme lo requieren las necesidades psicológicas y mentales del ser en sus avances por el camino de la evolución consciente. Así, por ejemplo, cuando se practican las enseñanzas que llevan a internarse dentro de sí mismo, nos trasladamos a una de las partes de ese campo experimental; y es allí, en la verificación de los hechos, guiada la observación por el conocimiento logosófico, donde se consubstancia el saber y la experiencia en inquebrantable haz. La realización de un proceso de investigación ha sido con ello consumada y la inteligencia se ha apropiado de un nuevo y valioso elemento que de otra manera habría resultado imposible obtener. Pero ese campo experimental que con tanta nitidez aparece configurado en nuestro mundo interno, se extiende también al de nuestros semejantes. Llevada

fuera del mundo íntimo, que es inviolable y nos pertenece con exclusividad, la práctica de la enseñanza y la observación son aplicadas entonces en la mutua convivencia, donde aparece delimitada la segunda parte del campo experimental, sorprendiéndose allí elementos de gran valor para completar nuestros conocimientos y descubrir aspectos similares a los determinados en nuestra psicología, o dispares, todo lo cual previene al juicio y señala el derrotero a seguir por vía del análisis hasta obtener conclusiones perfectas para la comprensión individual. En ese mundo que nos rodea y que aprendemos a conocer en los aspectos fundamentales de su composición mental, vamos conociendo también nuestras propias perspectivas en cuanto al progreso de las ideas con relación a la marcha de los acontecimientos que las promueven.

Cuando se superan los viejos y gastados conceptos y parejo a ello la conducta, es inevitable que se produzcan dentro de ese sector del campo experimental, rozamientos y aun reacciones por parte de los que tratan con uno. Las experiencias que allí se plantean tienen algunas veces por causa la resistencia inveterada de la generalidad a admitir que alguien pueda cambiar su manera de ser y de pensar de un día a otro, puesto que nadie sospecha tampoco que ello ha podido ser fruto de un proceso de superación llevado a efecto con paciencia, moderación y decisión. No es nunca difícil para el logósofo contrarrestar los efectos de esa resistencia que, por lo demás, pone en evidencia un

absoluto desconocimiento respecto de los medios que permiten lograr tan alta finalidad.

Pasemos ahora nuevamente de ese tipo de experiencias que derivan del trato con los semejantes, a las que se originan dentro de uno mismo. Supongamos que tras recientes períodos vividos en la cómoda posición pasiva del que rehuye pensar, estamos enseñando a la propia mente a ejercitarse en esa función. A poco de iniciado el empeño se verá cómo se mueven en ella pensamientos que intentan distraer la atención. Con ese objeto buscarán todos los recursos posibles para anular la voluntad y, consecuentemente, los propósitos perseguidos. Se verá que la resistencia no proviene en estos casos de afuera, como en el tipo de experiencia anterior, sino de adentro: se plantea en lo interno de uno mismo. Es aquí donde la técnica logosófica pone al alcance del que está realizando el proceso de superación, los recursos y elementos indicados para neutralizar los movimientos subversivos de los pensamientos que hasta entonces dominaron —usando términos de actualidad— en el régimen despótico individual, reprimiendo desde la mente toda aspiración de perfeccionamiento.

Por paradójico que parezca, experiencias de ese tipo, aunque con opuestos resultados, fueron vividas por muchos —inconscientemente, desde luego— que sugestionados por la lectura de autores inescrupulosos se lanzaron sin otro auxilio que ése por los inciertos caminos de la ilusión. Aun los más obstinados hubieron

de volverse antes que el extravío fuera en ellos completo; en sus mentes indefensas se veía bien clara la lucha de los pensamientos que las habían tomado por campo de batalla. El desengaño, el cansancio y un negro pesimismo fueron el resultado de la aventura.

Se entenderá perfectamente que un proceso integral de la naturaleza del que describimos en esta obra no puede consumarse por propia cuenta, puesto que, por una parte, se ignora cómo deben manejarse los conocimientos que han de auxiliar en esa clase de exploraciones, y por la otra, se estará en la necesidad de una orientación constante que asegure los aciertos en la conducción de ese proceso y evite el engaño a que suele llevar el espejismo de las apreciaciones equívocas.

No se emprende, pues, una empresa de tanta importancia y complejidad como lo es la evolución consciente, que abarca tantos aspectos de la vida por superar, sin la asistencia de un auténtico guía que oriente y permita sortear con éxito los pasos difíciles del trayecto. ¿No hemos visto acaso grandes inteligencias y aun genios, en otras esferas del saber, solicitar el concurso imprescindible del baqueano para cruzar una cordillera o atravesar montes u otros lugares inhóspitos, por considerar que la propia pericia, por estimable que fuera, no podía auxiliarles en la emergencia? ¿Es sensata, verbigracia, la posición del que cree innecesario el guía cuando se trata de internarse en las oscuras profundidades del ser o explorar el mundo metafísico,

que tan sólida preparación mental exige? No lo es, sin duda, por cuanto quien así piensa olvida que es muy fácil perder allí el rumbo y extraviarse si no se está en posesión de conocimientos que aseguren el feliz desenlace de tan arriesgada expedición interna. Los infructuosos intentos realizados durante siglos abonan nuestra verdad al puntualizar tales hechos. De ahí nuestra insistencia en recomendar el conocimiento logosófico que, por las razones que abundan en las páginas de este libro, es un guía insustituible para alcanzar la ansiada meta de las aspiraciones humanas.

Volviendo al tema del cual nos hemos apartado en esta rápida digresión, nos ocuparemos de la parte del campo experimental que corresponde al mundo metafísico, cuya vinculación procura el logósofo por la actividad incesante del espíritu. Ese mundo abre "in extenso" la parte más interesante de ese campo; por supuesto más vasta que las dos anteriores si se las contempla aisladamente. Pero la apreciación habrá de variar tan pronto se compruebe que las tres están vinculadas por el conocimiento logosófico y sujetas, por tanto, a una cuarta dimensión que las abarca sin definir fronteras. El campo experimental metafísico comienza a ensayarse partiendo de las dos primeras partes del campo experimental logosófico, de modo que las referencias que tengamos de él por el conocimiento adquirido en ellas nos servirán de guía para verificar por nuestra cuenta las constancias del proceso en esa parte prominente del mismo.

Consideramos útil destacar, por último, que las experiencias que se suscitan al encauzarse la vida mediante el proceso de evolución consciente son de calidad muy diferente de las que se ofrecen corrientemente, ya que aun cuando estas últimas son también aleccionadoras, rara vez se aprovechan con la intensidad del que recoge en su totalidad las enseñanzas que afloran en su superficie. Ya hemos dicho que el campo experimental logosófico es de una asombrosa fecundidad, pues todas las experiencias que en él se viven, hasta las más pequeñas, obedecen a una misma causa: la evolución integral del individuo, y se eslabonan en magnífica relación de circunstancias, todas de riquísimo contenido y propicias al desenvolvimiento de la vida interior.

XII

El humanismo como aspiración recóndita del ser. — Proyecciones del humanismo logosófico.

Sabido es que desde sus remotos orígenes el humanismo sufrió no pocas variaciones debido a las múltiples y contradictorias opiniones vertidas en torno a su discutido objetivo. Se lo ha querido presentar de muchas maneras, sin que se haya alcanzado todavía una concepción verdadera ni definitiva. No es nuestro propósito detenernos a tratar aquí la diversidad de teorías que se suscitaron alrededor del mismo, razón por la cual sólo haremos una somera referencia a su trayectoria, que no ha encontrado aún el cauce donde desembocaran las aspiraciones que le dieron origen y mantuvieron en clásico debate a través de siglos. Se han estudiado las excelencias de las edades antiguas como punto de partida para el esclarecimiento de las ideas que contemplan el progreso del hombre en sus manifestaciones más salientes en el campo de las ciencias, las artes, la literatura, etcétera; se ha seguido cronológicamente el estudio de las actividades de la inteligencia en su constante producir calidades superadas con relación al advenimiento de nuevas ideas que establecieron otras

tantas nuevas formas de entender la concepción humanista; sin embargo, los pensadores no lograron ponerse de acuerdo en cuanto a la proclamación de un contenido ajustado a la realidad universal y humana del individuo, lo cual ha sido —a no dudarlo— la causa que debilitó esa corriente del pensamiento e hizo que en nuestros días se clamara por un nuevo humanismo.

Sea lo que fuere, lo cierto es que no hubo mucha coincidencia al instituir ese término como patrón de un concepto; lo prueba el hecho de haberse desdoblado éste en apreciaciones diversas según las épocas.

La Logosofía da a conocer el humanismo en su contenido esencial, cuyo ejercicio facilita la adopción entusiasta y consciente de las reglas éticas señaladas por su enseñanza. Comienza este nuevo humanismo por exaltar en el ser la parte humana de Dios, la chispa divina, latente en él hasta el advenimiento del hombre a su mundo interno, hecho que le lleva a alcanzar la plenitud de su perfeccionamiento psíquico, moral y espiritual. Con ese objeto la sabiduría logosófica le prepara, enseñándole paso a paso y proceso tras proceso los múltiples aspectos que deben condicionar su vida. Le guía hacia el conocimiento del humanismo en las honduras de su ser, y desde allí le conduce a desarrollar sus aptitudes y calidades hasta afianzar en él la esencia humana poniéndole en condiciones de contribuir al afianzamiento de esa esencia en el corazón de la humanidad.

Tenemos, en suma, que humanismo es, para la

Logosofía, el ser racional y consciente realizando en sí mismo las excelencias de su condición de humano y de su contenido espiritual sobre la base de una incesante superación. Dichas excelencias deberán trascender por el ejemplo y la enseñanza a toda la humanidad. La admiración consciente y el respeto a la creación, de la cual el hombre es parte y súbdito a la vez, han de inspirarle el respeto y la consideración a sus semejantes, por ser ello su consecuencia lógica.

Como podrá apreciarse, esta nueva concepción del humanismo aporta un gran elemento: el hombre mismo, el ente humano, internándose en las profundidades de su ser para encontrar allí el fondo o la esencia de su propio humanismo, que, mediante el proceso de evolución consciente, se proyecta en dirección al mundo superior conectándole al divinismo de Dios, donde —quíerese o no— las grandes aspiraciones humanas se substancian y se identifican con el pensamiento que alienta la vida universal y señala al hombre, en muchos de sus aspectos, el proceso de su ascensión hacia los arcanos de su enigmática existencia.

Lo expresado permitirá comprender las razones que intervienen para que deliberadamente nos apartemos de las formas clásicas que tanto aguzaron el ingenio en el cultivo y belleza de las letras y en las riquezas de la historia, en armoniosa conjunción —dicho en términos cabales— con el desenvolvimiento de la personalidad humana. Se nos dirá que nuestras ideas son revolucionarias. A ellos contestamos que lo son, en

efecto, pero en la más alta significación de la palabra.

No concebimos al humanismo como actitud meramente especulativa, por más que estudie y analice los hechos y los pensamientos de los hombres en sus respectivas épocas. Tal vez otro término cuadrarse mejor con esa clase de estudios, ya que por amplios que ellos sean no vemos que se relacionen con el ser íntimo, en cuyo corazón y sensibilidad habrán de hallarse las razones del gran sentir que, inmanente en él, tiende a profesar a la humanidad.

No nos aventuraremos si decimos que ese mismo sentir es el que conforma la ética individual y colectiva desde el punto de vista de su fondo humanista. Derivaremos por un instante nuestro tema hacia ese aspecto fundamental del hombre culto, para expresar que la ética logosófica se basa en el concepto del bien, pero afirmándose en la conciencia. Del conocimiento de las normas éticas que deben regir la vida extrae el logosofo las reglas de la corrección interna y externa que alumbrarán su conducta. Si la Logosofía ha dicho que no hay evolución consciente sin ética, es porque las considera inseparables; por tanto, la ética debe ser, entre otras, una de sus manifestaciones inmediatas. Lejos de ser ejercida circunstancial o parcialmente, es practicada en el campo experimental logosófico en forma global, constituyendo su habitualidad toda una virtud.

A diferencia, pues, del concepto generalizado, nuestro humanismo parte del propio ser sensible y pensante

que busca consumir dentro de sí el proceso evolutivo que toda la humanidad debe seguir. Su realización en ese sentido habrá de constituirle luego en ejemplo real de lo que puede lograr cada integrante de la gran familia humana.

La Logosofía no trata de crear un nuevo tipo de hombre, pero enseña al ente humano, eso sí, el arte de crearse a sí mismo, reconstruyendo con los fragmentos dispersos de su vida-individualidad-destino, la imagen genuina del pensamiento causal.

La presencia de sentimientos superiores configurando el esquema psicológico del ser en franca evolución, representa el humanismo más cabal e inobjetable, y no habrá de olvidarse que a la nueva generación de pensamientos logosóficos se deberá en gran parte, si no en su totalidad, la posibilidad de hacer efectiva una aspiración hondamente sentida por el alma humana.

XIII

La mística, actitud sensible del alma. — Aspectos diversos de su configuración estética.

La mística es una de las actitudes del alma que más ha sufrido las arbitrariedades de la pasión humana. Ha sido explotada en todas las formas posibles y a su sombra se han cometido las más lamentables aberraciones. Cuando se la ha llegado a desnaturalizar al extremo de reducirla a un simple término y usado éste para disfrazar la absoluta sumisión que los regímenes de fuerza reclaman a los pueblos esclavizados; cuando se ha aplicado ese término a doctrinas exóticas para fomentar un servilismo a toda prueba, ensayándose multitud de ardidés para hacerlo útil al entronizamiento de ídolos que los pueblos oprimidos debían adorar, cabe un pronunciamiento determinante al respecto.

En nuestro concepto, el contenido de la expresión es amplio y fecundo. La mística no excluye a nadie; por el contrario, siendo la esencia de un sentir espiritual, se manifiesta libre y espontáneamente en lo íntimo de cada ser. El temperamento místico es innato en el alma humana, y cobra su sentido ideal cuando expresa la aspiración de identificarse con el alma universal.

En el instante mismo en que el ser toma contacto con la vida —al nacer— pronuncia su primera exclamación mística: es el grito incontenible del primer triunfo sobre su naturaleza. La repite por última vez —si no puede con los labios, mentalmente— en el momento de dejarla, al cerrar los ojos a la luz del mundo.

La mística se desarrolla en el hombre según sus sentimientos. Cuanto mayor es la evolución, tanto más íntima, delicada y sublime es la pureza de expresión en la actitud culta y respetuosa del individuo.

Al sumergirse en las profundidades de su ser para escrutar los designios de su vida y emerger luego sobre la superficie de la conciencia resplandeciente de júbilo, el hombre no puede menos que sentirse maravillado ante el supremo pensamiento que animó su existencia. Esa misma sensación de arrobamiento y esplendidez la experimenta frente a todo lo que conmueve su inteligencia; a lo que trasciende lo vulgar y fácil; frente a la inefable pureza de lo bello, de lo heroico y de lo grande, sea en gestos, hechos o hazañas, y, en fin, frente a cuanto de una u otra manera le incline a rendir un culto y estimación que no se siente inspirado a tributar sino a aquello que promueve el pronunciamiento de su espíritu. Ello no es otra cosa que lo que se deriva de la mística en su esencia más pura.

Todas las reacciones naturales de la sensibilidad frente a lo que exalte la consideración humana, maraville la razón o estimule fuertemente la conciencia, han de merecer el concepto de expresiones místicas.

Los actos de abnegación, la caridad inteligentemente interpretada, que no malogra sus frutos, la cordialidad expresada en la amistad leal y sincera, son otros tantos aspectos del verdadero arraigo de la mística en el alma humana. Lo son porque esas actitudes revelan la presencia en el hombre de sentimientos que expresan o ponen de manifiesto lo más puro y sublime de su naturaleza. Podría decirse que tales actitudes trascienden a lo divino, desde que sobrepasan el plano de las manifestaciones habituales.

El dolor, el sufrimiento, son también expresiones místicas cuando quien los soporta experimenta el dulce beneficio que proviene del bálsamo interno extraído de la resignación, que, a la vez que engendra la paciencia, neutraliza los impulsos de la desesperación. Aparte esto, ¿quién no ha pensado, en los momentos de dolor o de sufrimiento agudo, en ser más bueno, generoso y tolerante con los demás? ¿No ha sido y sigue siendo el dolor el que modifica y temple los temperamentos más irrefrenables, los caracteres más incorregibles? ¿No es el padecimiento el que se encarga de hacer comprender y aun enmendar los desastres morales que sus desbordes provocan? Cuántas cosas que la soberbia —que es la incomprensión misma— niega, se siente el ser pródigamente inclinado a otorgar en sus momentos de dolor; inclusive cuanto tiene, si con ello fuese posible eliminar su padecer. ¿Son místicas o no esas actitudes? Son místicas, en efecto. En tales circunstancias el hombre experimenta

su pequeñez y absoluta fragilidad, ya que siente, no cabe duda, que ha sido apresado por una fuerza superior a él, de la que no puede zafarse sin pagar antes el tributo que la ley le reclama por infracción. Al reconocer que es dominado por una fuerza que desconoce, pero que palpa al caer en desgracia, coloca su razón en el terreno de lo trascendente, lo cual le permite admitir que existen influencias que aun cuando no son controladas por el juicio, aparecen ejerciendo sus funciones reguladoras precisamente allí donde la razón no ha sido capaz de regular a tiempo los excesos del ente humano.

La alegría es asimismo una expresión mística cuando es sana y respira el aroma de las cosas gratas, pues es una manifestación tierna del íntimo sentir. No así cuando representa sentimientos desnaturalizados o desvirtuados por pensamientos mezquinos. Las actitudes que corrompen la materia y degradan las condiciones de privilegio en que fué colocado el hombre frente a los demás reinos de la creación, rebajan su naturaleza y le sumergen en los torbellinos del vicio y las pasiones, imposibilitándolo para saludar con decoro aquellos actos que podrían honrarlo. El desenfreno, que ciega el entendimiento y esteriliza el ánimo, incapacita al ser para exhumar de las profundidades del alma los caros motivos que predisponen la exteriorización de rasgos que ennoblecen el sentimiento y enaltecen el propio concepto.

Encontramos igualmente manifestada la mística en

el amor de madre, puro y excelso. Nadie podría decir que ese sentimiento del alma materna contiene la más mínima porción de carácter religioso; es el culto místico a la sangre, a la prolongación de la existencia misma en la extensión del tipo psicológico y moral que cada uno contiene y que alcanzó en su ruda lucha evolutiva.

Sorprendemos también la expresión mística en el amor filial, y, con menos intensidad, en el afecto fraterno. La unción del hijo al venerar a sus padres emerge del carácter íntimo e inexpresable de la naturaleza del vínculo, surgiendo el aspecto místico de la calidad incomparable e insustituible del afecto que lo anima.

El amor mismo, que busca en el afecto conyugal la mutua identificación del pensar y el sentir y hace florecer la sensibilidad humana en exquisitas expresiones de ternura y simpatía, es otra de las manifestaciones místicas que con mayor fuerza expresiva emocionan el espíritu.

Veamos ahora cómo la mística, obrando como fuerza constitutiva de la naturaleza humana, influencia a la razón para evitar la turbación del juicio y ubicar el criterio dentro del plano de la sensatez, toda vez que de su uso dependan consecuencias que directa o indirectamente afecten la paz de la conciencia. Frente a la falta cometida por el hijo a quien se reprende con severidad, hace que brote del sentimiento la indulgencia, que atempera el impulso represivo. El afecto, expresión mística del sentimiento, suaviza aquí los

enconos de la razón haciendo que ésta permanezca inofensiva.

En su afán de ser estricta al juzgar, la razón a menudo olvida que aquello que juzga debe relacionarlo primero con las propias y similares circunstancias. Colocada en ese trance, la tolerancia surge instantáneamente y el juicio es elaborado con ecuanimidad. He aquí a la mística obrando sobre la razón para que deje de ser fría y, tomando el calor fertilizante que emana de los rayos de la lógica, se manifieste en juicios mesurados, exentos de apasionamiento, atenuados por la temperancia y el sentido de lo justo.

La actitud mística, para que sea tal, debe inspirarse en el más alto sentido del bien, de lo bello y de lo justo; lo contrario es el absurdo, la negación y el extravío.

XIV

El hombre puede ser su propio redentor. — Evitar la comisión de faltas o errores es un principio de redención.

Habiendo sido el hombre equipado con el admirable sistema mental y los no menos importantes sistemas sensible e instintivo, que le permiten actuar libremente en dos inmensos mundos, el físico y el metafísico, lógico es admitir que a esas prerrogativas tan bellas y trascendentes que conforman el gran arcano de la vida, se agregue también la de redimir su alma de todos los desaciertos y faltas cometidas, hecho que convierte al hombre en verdadero redentor de sí mismo.

Dios le ha hecho a su imagen y semejanza, esto es, le ha hecho capaz en el sentido más amplio de la palabra; de ahí que le haya sido conferido el poder de absolverse, en obediencia a las leyes que rigen su evolución.

Se negarían esas leyes si se pretendiera desconocer tan sabio y justo mandamiento emanado del Creador, quien para no disminuir un ápice la jerarquía de la criatura humana en su calidad de rey de las especies, le ha concedido esa prerrogativa, cuyo ejercicio

es privativo de la propia conciencia. ¿Cómo puede esto ser llevado a efecto exitosamente? se preguntarán sin duda los que todavía creen en fábulas. La Logosofía ha demostrado con fundamentos irrefutables que es en la mente donde reside el mal que el hombre se hace a sí mismo y a sus semejantes. La ignorancia juega preponderante y decisivo papel en la afirmación que acabamos de formular. En su penumbra se generan desde los pensamientos más inofensivos hasta las más negras ideas.

El “Conócete a ti mismo” resultará un mito si el ser no comienza por conocer su verdadera conformación psicológica y mental, es decir, su sistema mental en su vasta y compleja organización y funcionamiento.

Al mal, promotor de todos los errores y faltas en que el hombre incurre, y causante a la vez de la desdicha humana, es necesario combatirlo de la única manera posible: eliminando las causas que dan lugar a su existencia. Esto no es fácil, mas tampoco imposible. La evolución que preconizamos tiene la virtud de desterrarlo de la vida a medida que se realiza el bien; dicho en otros términos, tan pronto avanza el ente humano en ese proceso en el cual la conciencia deja de ser una mera denominación para convertirse en el crisol que funde sobre la llama viva de la realización, o sea el perfeccionamiento, la indigna escoria de las deudas que gravitan sobre la vida del hombre, como si éste tuviese que llevar forzosamente a costas

una mole cuyo volumen seguirá aumentando y empujándolo a un tiempo hacia los más oscuros destinos.

El solo hecho de evitar la comisión de una falta implica el primer paso en la remisión de las culpas, puesto que el no cometerlas es un principio de redención propia incuestionable. Se ha reparado el mal en uno mismo eliminándolo antes que se materializara, y se lo ha hecho por un acto libre de la voluntad, sin necesidad de ninguna intervención ajena. He ahí lo bello; he ahí lo grande y lo sublime.

Para que la propia redención sea un hecho, es esencial comenzar por no cometer más faltas: no acumular más culpas o deudas. Ése es el primer paso; mas surgirá la pregunta: ¿Qué hacer con lo ya consumado? Cada falta tiene su volumen y sus consecuencias inevitables. No perdamos tiempo en lamentaciones ni seamos ingenuos creyendo que existen medios fáciles de saldarlas. Las leyes no se infringen impunemente; ni cometiendo faltas ni pretendiendo librarse de ellas. Pero el hombre puede, sí, redimir gradualmente sus culpas mediante el bien que representa para sí la realización rigurosa de un proceso que le perfeccione. Si ese bien es extendido a los semejantes —cuantos más mejor—, se asegurará el descargo de la deuda. Empero, ello será a condición de no incidir en nuevas faltas, pues se caería en el mismo error de los que pretenden depurar sus almas en las cómodas posturas de la superficialidad religiosa.

No podrá concebirse sin caer en la aberración, que un ser sobrenatural haya de venir del cielo a redimirnos de faltas. Aceptarlo resulta tan ingenuo como reñido con la más sensible moral. Pero, ¿seríamos realmente capaces de admitir tamaña injusticia? Tal cosa implicaría nada menos que negar la ley de evolución, ineludible y justa, que Dios instituyó para todo lo creado, con una notable variante para el hombre: la que le permite acelerar el proceso de esa evolución por la acción consciente. Ni digno ni decoroso sería que un ser absolviera a otro de sus culpas, de ahí que nuestra conciencia deba rechazarlo en nombre de la sensatez y la moral. Tampoco podría ser ello grato a Dios, que aceptará en cambio con agrado que cada uno, como ser racional y consciente, empeñe su honor en rectificar su conducta y aliviar el peso de sus errores consagrándose al bien; cultivándolo y experimentándolo primero dentro de sí y traduciéndolo luego en obras que tiendan al bien común. La sola sinceridad de este proceder exime de todo comentario al respecto.

Únicamente será grata a los ojos del Todopoderoso —volvemos a afirmar— la demostración palpable de nuestra firme voluntad de redención expresada en la reforma de nuestra vida y en su encauzamiento definitivo por el sendero de la evolución consciente, que no admite descuidos reiterados y que refleja en todos los actos la positiva decisión de cumplir el supremo mandato del perfeccionamiento.

PARTE FINAL

A pesar de haber tratado en este libro muchos puntos fundamentales respecto de la concepción logográfica, hemos reservado para futuras publicaciones actualmente en preparación sus partes más prominentes.

El lector que por primera vez toma contacto con nuestras obras advertirá prontamente que no se trata de lecturas corrientes. Sus contenidos están encaminados a guiar la reflexión de los estudiosos en primer lugar, y, por extensión, la de la comunidad humana, hacia la confrontación de dos realidades perfectamente delimitadas: la que todos conocen, o sea la propia vida tal como cada uno haya sido capaz de vivirla y la descrita en los capítulos de este libro. Significamos con lo antedicho que nuestras publicaciones responden a un plan de reeducación del espíritu que de tiempo se viene realizando con el mayor de los éxitos en nuestro país y en otros del continente.

Como es lógico, el autor ha debido enfrentar a lo largo de sus años de labor dificultades de todo género, las que fué venciendo gradual y definitivamente. Una de esas dificultades, quizá la que más resistencia opuso, fué la de las mentes de todos los que fueron

después y siguen siéndolo cada día con mayor convicción, cultores decididos de la ciencia logosófica. Esta adhesión se debe a que nuestra enseñanza, aparte de contener, como ya lo hemos expresado, una nueva generación de conocimientos de imponderable valor para la vida humana, se halla nutrida de afecto, el gran elemento que sin restar a nadie libertad e independencia moral, física o espiritual, hermana el pensar y el sentir en una gran voluntad común, coincidente en un todo en el sentido de prestar a la obra logosófica, de proyecciones universales, su más grande y positiva colaboración.

Hemos visto en estos últimos tiempos desplomarse y pulverizarse obras que amenazaban abarcar el mundo entero sometiendo a los hombres a la más dura esclavitud. La obra logosófica, que soportó inmovible fuertes vendavales, resurge en cambio con mayor vigor que nunca. Frente a las que hechas con odios y violencias jamás perduran, vemos la permanencia de las que se inspiran en noble y limpio amor a la humanidad.

La obra que venimos realizando no ha necesitado requerir ayuda alguna de los poderes públicos ni de las instituciones civiles ni de ningún otro orden. Se ha valido siempre de sus propias fuerzas. Tampoco ha necesitado importar la inapreciable materia prima con que son elaborados los conocimientos que imparte. Su origen es genuinamente argentino, pero su gran caudal humanitario tiene un solo destino: la humanidad.

INDICE

ÍNDICE

Prólogo	Pág. 9
---------------	-----------

I

Nerviosismo ambiente. — Fracaso de las corrientes intelectuales que en el curso del tiempo se movieron en torno a la figura humana. — La Logosofía puntualiza errores y anuncia el despertar de una nueva aurora para el hombre	15
---	----

II

Búsqueda infructuosa del saber. — La Logosofía abre nuevas posibilidades a las actividades de la inteligencia y el espíritu	21
---	----

III

Nueva ruta para la realización de la vida y destino del hombre. — Importancia de las defensas mentales en la preservación y conducción de la vida	31
---	----

IV

Causa primera o creación del cosmos. — La ley de evolución gravitando en el proceso de superación consciente. — Referencia a los procesos de la creación	39
--	----

V		Pág.
Nociones que preparan la investigación interna. — Vida y destino del hombre	47	

VI		
Tres zonas accesibles al hombre: interna, circundante y trascendente	55	

VII		
Método logosófico. — Aspectos de su aplicación al proceso de evolución consciente	59	

VIII		
Sistema mental. — Las dos mentes. — Intervención del espíritu en el funcionamiento y uso del sistema mental. — Actividad combinada de las facultades de la inteligencia	73	

IX		
Génesis, vida y actividad de los pensamientos. — El pensamiento como entidad autónoma. — Función del pensamiento autoridad	79	

X		
El espíritu. — Su manifestación e influencia en la vida del hombre. — Verdadera función del espíritu	89	

XI		
Campo experimental. — Experiencias internas y externas. — Necesidad de orientaciones precisas en la experiencia individual consciente	99	

XII

	Pág.
El humanismo como aspiración recóndita del ser. — Proyecciones del humanismo logosófico	105

XIII

La mística, actitud sensible del alma. — Aspectos diversos de su configuración estética	111
---	-----

XIV

El hombre puede ser su propio redentor. — Evitar la comisión de faltas y errores es un principio de redención	117
Parte final	121

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 10
DE JUNIO DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CIN-
CUENTA Y SEIS, EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.

bases de su obra, consolidada al presente. En 1939 se radicó definitivamente en la Capital Federal.

Paralelamente al desarrollo de la labor directa sobre sus discípulos, el movimiento logosófico dirigido por él fué cobrando año tras año mayor impulso, contándose en la actualidad con importantes centros de cultura destinados a practicar y difundir la nueva ciencia, en la seguridad de poner al alcance del hombre un medio extraordinariamente real y efectivo de alcanzar el conocimiento de sí mismo y penetrar en las honduras de los arcanos de la vida humana y universal.

La Institución fundada en el año 1930, que funciona en la actualidad con el nombre de Fundación Logosófica, se ha extendido ya a varios países de nuestro continente, principalmente Uruguay y Brasil.

Veinticinco años de incesante labor permiten hoy al autor ofrecer el testimonio vivo de los resultados obtenidos por la Logosofía.